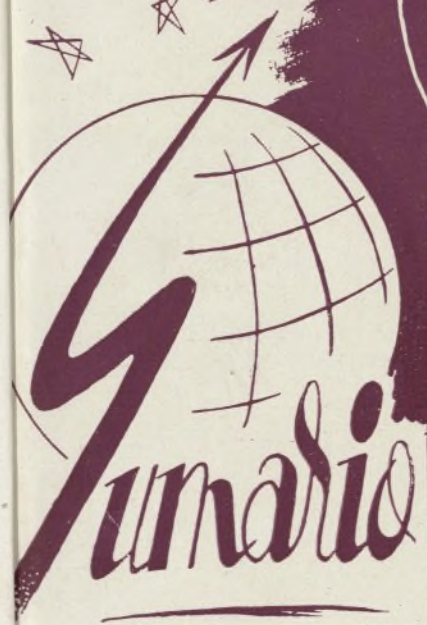


# GENII

— sociología —  
ciencia — literatura



André Prunier: ¿Bretón o Camus? Los límites de la rebelión.— Juan Ferrer: Valor permanente del sindicalismo revolucionario.— José Peirats: Más sobre la pretendida crisis del anarquismo.— Ugo Fedeli: La rebelión de Cronstadt. I. Cronstadt y la revolución rusa.— Alfonso Martínez Rizo: En memoria: Alfonso Martínez Rizo y la epopeya cantonal.— José Martí: Un reportaje de hace sesenta y cuatro años. José Martí, testigo de la época, se ocupa del crimen de Chicago.— Redacción: Ojos y oídos del mundo.— Campio Carpio: Reportaje al compañero Edmundo Latelaro.— Vicente G. Cortés: La vida y los libros. Camus y nuestro tiempo.— Eugen Relgis: Encuesta América-Europa.— Miguel Bakunin, F. Bastiat, Alfredo Calderón, Benedetto Croce y Pedro Kropotkin: Fragmentos escogidos.



Enero  
1952

# 13

REVISTA MENSUAL

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

Ofrecemos a nuestros lectores un cuadro de A. Renoir (1841-1919) que lleva por título «Jeune femme au soleil», de técnica impresionista.

M. Lahy-Hollebecque ha dado la siguiente definición del impresionismo en pintura:

«El impresionismo es contemporáneo de los descubrimientos de la física sobre los elementos constitutivos de la materia y el movimiento que los anima. Dado que todo vibra, se agita, se mueve, la misión de la pintura es revelar, por nuevos procedimientos técnicos estos juegos de la descomposición de la luz y esta movilidad de las cosas. De ahí los procedimientos y las innovaciones que han desconcertado al público, tan tradicional y conformista, de la época, quien ha criticado sin comprender y hasta podría decirse que sin mirar. Pues, en estas tendencias geniales para captar la vida secreta y animada de la materia, Monet, Pissarro, Sirley, Renoir, Van Gogh y, recién llegado a esta rebusca del «ton divisé», Seurat, todos han creado a su manera la vibración de la luz y sus reflejos en las cosas inanimadas y de los seres. Y de ahí esas maravillas que, faltos de espacio, no podemos describir: las «Meules», los «Peupliers», las «Nymphéas», el «Seine», la «Tamise» de Monet, rehechos a cada hora del día para notar la forma y las tonalidades bajo diferentes efectos de la luz; los «Paysages» de la Oise y del Sena, de Vexin y de Moret, de Pissarro y de Sirley; «Les Baigneuses», el «Moulin de la Galette» y los retratos de Renoir, los «Aliscamps», los «Tournesols», el «Restaurant de la Sirène», de Van Gogh, de una tan grande violencia lírica; el «Cirque», la «Grande Jatte», la «Parade», de Seurat, concebidas como imágenes decorativas y en que el procedimiento «pointilliste» acentúa la tensión rítmica.

Es sin embargo contra esta interpretación dinámica de la naturaleza que reaccionan los pintores de temperamento diferencial, tales como Puvis de Chavannes (1824-1903), decorador de vastos frescos murales, más inspirados por las ideas que por la realidad, y cuyos títulos indican el prejuicio simbólico: «Le Bois sacré cher aux Muses», «Marseille porte de l'Orient», «Ludus pro Patria»..., Gauguin (1848-1903), individualista feraz quien, huyendo de los hombres pintó en tonos cálidos y en formas simplificadas «Les femmes de Tahiti» y «Papeete», y, en fin, Cézanne (1839-1906), otro solitario que, lejos de complacerse en la busca fugitiva del movimiento, tienta de conseguir lo esencial, lo permanente, y se obstina a pintar durante años tal natura muerta o tal paisaje: «La Montagne», «Sainte Victoire», «L'Estaque» o «Le Vas Bleu».



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II

Toulouse, Enero 1952

N.º 13

## ¿Breton o Camus?

# LOS LIMITES DE LA REBELION



**L**AS divergencias que opone el jefe de los surrealistas al autor de «l'Homme Révolté», publicado recientemente por la Editorial Gallimard, no son como para dejarnos indiferentes. Aquellos que fundamentalmente, esencialmente en la rebelión de la conciencia, la «resistencia» a la integración totalitaria como objetivo; luego la «revolución» necesaria (concebida como un cambio radical de orientación en el desenvolvimiento humano más bien que una redistribución sangrienta de privilegios) esos, creo yo, darán sin duda la preferencia a la tesis defensiva: a la defensa del hombre del modo que la concibe Albert Camus. Otros, que cifran su cometido en una subversión, en un desarraigamiento y liquidación, lo más radical posible, del viejo mundo—o a lo menos, en la afirmación literaria y poética de una insurrección ilimitada—restarán fieles a André Breton. ¿Conflicto de temperamentos? Sí, sin duda, pero también conflicto de generaciones, lo que no parece haya sido destacado por la crítica.

El surrealismo ha surgido del movimiento «dada» y sus orígenes se les puede situar a fines de la primera guerra mundial, entre los jóvenes a quienes aguardaba otra guerra, como la que no habían hecho, y en cuya posibilidad no creían. La crisis de pubertad de esa juventud burguesa, les había hecho pasar de un conformismo social y de una patriotía exacerbada, a una total decepción y a la voluntad de afirmar su independencia absoluta con relación a un mundo de valores, del que ellos renegaban. Luego, su necesidad de protestar contra una civilización corrompida, tomó la forma más «constructiva» de una doctrina y de una práctica, implicando, entre otras, la incorporación al bolchevismo (espantajo número uno para la burguesía), el uso de la dialéctica de Hegel y de Marx (comprendida en un sentido bastante esotérico) la adopción de un estilo de vida ostentosamente «escandaloso», manifestado por aventuras espirituales de todas las variedades literarias y extra-litera-

rias, por manifestaciones enigmáticas, alborotos, proclamaciones ultra-subversivas; la creación de una galería de antepasados, considerados como los santos del surrealismo: Sade, Petrus Borel, Lautréamont, Rimbaud, etc., el enjuiciamiento y exclusión resonante de los miembros de ánimo caído: la busca de lo irreal; ocultismo, magia, etc. En suma: la creación de una especie de religión negra, en la capilla un tanto herética adosada a la Iglesia de Moscú. Hay que reconocer en los miembros del grupo surrealista, que no llegaron a pasar de la treintena una suma considerable de energía y de talento. La mayor parte han hecho camino y han logrado imponer a la cultura ambiental, en una medida no despreciable, las formas de espiritualidad y la marca del movimiento. De hecho, miles de jóvenes, del 1925 al 1930, han recogido y conservado algo del vigoroso ejemplo e irradiación personal de Breton y de sus amigos. Es de concebir el apego de este último a un pasado tan brillante y su deseo de perpetuarlo, no obstante la dispersión de sus fundadores, con nuevos elementos. De hecho, tras de su eclipse, el grupo surrealista se ha reconstituido, compuesto, sobre todo, de gentes muy jóvenes, entre los cuales Breton y Péret hacen figura de antecesores gloriosos. Vale la pena de relacionar, por el contrario, la actitud de Camus a la experiencia directa de la guerra. Ella pertenece más bien a aquellos que fueron hundidos en la barbarie totalitaria del primer conflicto mundial; a aquellos también que han vivido el fascismo, el nazismo, el bolchevismo, como sistema de poder, en la edad de las responsabilidades; a aquellos, en fin, que—como es el caso de Camus—han alcanzado en plena catástrofe mundial número 2, su madurez intelectual en la clandestinidad o en el exilio. A ellos les es natural comprender y manifestar la actitud esencialmente defensiva del rebelde, cuya vida y valores se hallan amenazados, más bien que la actitud de ofensiva absoluta del elemento subversivo, a quien indigna todo compromiso con la realidad, y que saluda el naufragio



general, como en vanguardia hacia una misteriosa redención, o como tratándose de un fenómeno magníficamente «gratuito».

Se ha querido ligar, de un modo falso por cierto, el pensamiento de Camus con el existencialismo ateo de Jean-Paul Sartre; y algunos han visto en el conflicto Camus-Breton una querrela de escuela. Es a la vez mucho menos y mucho más que esto. En el plan metafísico, Breton y Camus son, los dos, ateos en el sentido moderno de la palabra; es decir, inclinados a ver y a combatir un deísmo oculto dentro del racionalismo. Poco nos importa, en el fondo, que sitúen la irracionalidad más bien en el hombre o bien en el mundo; la ideología es con frecuencia complementaria y compensativa más bien que expresiva de las tendencias. Lo más importante aquí es más bien el conflicto entre el temperamento clásico, que tiende a la economía y a la concentración de los medios en torno de un objetivo preciso, y el romántico, apasionado por lo desmesurado, lo que en la prosa de Breton está en perpetua tensión con el minucioso rigor de la escritura, y que tascas el freno, patatea y llega a encabritarse como un caballo fogosó, haciendo exhibición a la vez de su cólera y de su docilidad al propietario que sobre él cabalga.

\* \* \*

En «Le Mythe de Sisyphe», el **mediterráneo** que es Albert Camus, nos traza la imagen de un mundo armonioso, la Naturaleza, regida por leyes y que repara por sí misma sus «injusticias» (sus azares y pérdidas de equilibrio) por un retorno espontáneo de cada cosa a su medida, a su límite. Sólo el hombre es un ser de pasión incoercible, en lucha contra el universo racional, al cual no se somete su naturaleza. El hombre es «absurdo», y su actividad es parecida a la del condenado en el infierno mitológico, que empuja un peñasco hasta la cima de una montaña para ver cómo rueda al otro lado; luego lo sube de nuevo, y así eternamente. Igualmente el hombre impulsa su destino de un error al error contrario; lucha sin fin contra esa fuerza de gravedad que le incita a la desesperación. La solución de la excepción humana a las leyes universales supone dos aspectos: el suicidio o la sumisión. Al suicidio (que no es más que la forma violenta de la busca de un búdico nirvana, de la ataraxia, de un no ser, por la extinción de deseos) Camus opone la rebelión occidental, luciferiana. **Errare humanum, perseverare diabolicum.** El hombre, absurdo ante la Naturaleza, debe perseverar en su «absurdistad». Mas la rebelión del hombre, más allá del suicidio, contiene también su tentación. Esta tentación es la muerte, por la cual el hombre se identifica a la necesidad histórica y sacrifica, en su lucha ciega contra la razón de las

cosas, que encarna la razón (o por la Naturaleza de la que él se hace oficiante y verdugo), su hermano extraviado, rebelde, «absurdo» como él. El hombre insurreccionado no debe usurpar las funciones de la Naturaleza o de la historia; debe atenerse a la afirmación creadora de solidaridad: «Yo me rebelo, pues nosotros somos.» Debe reconocer que su rebelión es aquella, no del **yo absoluto**, sino de la naturaleza humana, y que ella implica, con la intransigente pureza de los medios, la limitación de objetivos. La disposición del **otro** por el **yo**, la transformación del **otro** en cosa o en propiedad del Único stirneriano es pues, desechada. Más aún: Camus ve en ello la raíz del mundo social de la autoridad y de lo arbitrario, en tanto que se opone al mundo del libre contrato. Es una exigencia de esta Naturaleza la que Camus formula al constatar que aquel que mata solo mata una vez, habiendo por adelantado ofrecido vida por vida—ley puramente interior que hace realmente del homicidio el gesto más desesperado que existe y que excluye radicalmente la pena de muerte tal como nosotros la conocemos.

\* \* \*

«Le Mythe de Sisyphe» gira en torno del suicidio; «l'Homme Révolté» en torno del homicidio. En el uno, deduce la perseverancia en el «error de ser hombre». En el otro libro propone al hombre «absurdo» de concentrar, y por consiguiente, de limitar su rebelión racionalizándola. ¿Qué necesidad y qué medios poseo para transformar el mundo? Este deseo, de un alcance inmenso, no puede por menos dar lugar a la desesperación o a una nueva y completa enajenación. Se trata de **cambiar la vida**, lo que tiene su punto de partida en el **ego**, esa realidad verdaderamente individual, factor desconocido por Marx y por Stirner, y que Freud ha reconocido como periférico—como lo es esencialmente el sistema nervioso en el conjunto del cuerpo—. Aparte esta actividad consciente, incluida en los límites del ser, la transformación del mundo se hará siempre **contra nosotros**; ella será la obra de una especie o de la historia, pero no la nuestra. Ella tendrá como tema la abolición del **yo**, es decir, de hecho, de esta pluralidad: los **yo** humanos, con sus relaciones interindividuales.

Se ha escrito, dejando suponer que Camus, de «Sisyphe» a «l'Homme Révolté» se contradice, precisamente como él acusa a Lautreamont de hacerlo, pasando de un extremo al otro, es decir, de «Maldoror» a las «Poesías». Por mi parte no veo una tal contradicción, noto una evolución que va de la rebelión teórica y generalizada, a una rebelión práctica y localizada, tanto más auténtica que resulta defendible, mientras que la rebelión ilimitada no lo es.

André PRUNIER





# VALOR PERMANENTE DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO



**E**XISTE tácito acuerdo, al parecer, en clasificar los fenómenos derivados de toda manifestación humana en corrientes puras e impuras, no escapando el sindicalismo, en su acepción general, a la ley impuesta—en esta ocasión como en otras—por la costumbre. Así, para el sindicalista impenitente el sindicalismo se basta a sí mismo, y para el sindicalista ocasional, oportunista, el sindicalismo no es más que un medio. He aquí discusión para largos tiempos, sin posibilidades de solución hasta que la idea matriz del Sindicato se haya acreditado o desacreditado en el momento de asentar, sobre bases sólidas, la Sociedad Futura que se tiene prevista.

A nuestro entender, el Sindicalismo, como toda especulación de origen ideológico, no es una entidad mítica y determinante a la vez, sino lo que las voluntades humanas que lo nutren quieran que sea. Sindicarse es simplemente un hecho de agremiación, de acumulación de energías, de concertación de impulsos—proletarios en este caso—para resistir al Capitalismo primero, para vencerlo después. Cuando un teorizante no lo entiende así y jefaturiza, cuando las masas obreras se sienten tales y por encima se complacen en sentirse así de espesas y sin espíritu, entonces se entra, irremisiblemente, en el estadio de la disgregación por corrupción de propósitos. El Sindicalismo es concebible manteniendo intacta su personalidad reivindicativa, su condición de nexo común y necesario a la clase trabajadora. Fuera de eso se convierte en instrumento de ambiciosos desembocando en innúmeras y reducidas—si no villanas—finalidades.

**EXTEMPORANEIDAD DEL SINDICALISMO AMORFO.**—La agremiación obrera invertebrada perecerá con la misma poca sal con que tardíamente vino al mundo. No importa que grandes sumas de trabajadores proporcionen visibilidad y aliento a una Federación Sindical Mundial y a una Confederación Internacional de Sindicatos Libres. Falto de ideología intrínseca, careciendo de motivo vital para mantenerse en pie, ambos organismos y cuantos pudieran sucederles están destinados al fracaso porque los productores, cada vez menos engañables (hoy los engaños son fatales, puesto que cada uno de ellos se paga con una guerra mundial con todo su cortejo de calamidades), se van repitiendo con aumento de fuerza expresiva: No, no es eso.

Y claro está, no es eso. El Sindicalismo nació y se desarrolló en su primera edad en cuna proletaria, al margen de todo interés político y religioso. Las multitudes explotadas, comprendiendo que parte de su desgracia radicaba en la descohesión, en el abandono de sí mismas, iniciaron pacto solidario dando concreción a unas sociedades de apoyo

contra enfermedades, por ser asunto grave que la miseria acechara el hogar royendo la salud imprescindible en el padre de familia. Pero la salud ¿no era fácilmente perdible sometiéndose a jornadas de doce y trece horas de trabajo diarias, resistidas a pan duro y arenque salado? ¿Qué problema solucionaba el explotado asociado percibiendo o entregando unos ochavos en concepto de auxilio a recibir o a prestar?

Todo el mundo está expuesto a pillar una enfermedad y a morir a consecuencia de la misma. Pero los patronos desconocían la miseria y los estados de salud precaria motivados por exceso laboral y deficiencia nutritiva. Existían, pues, enfermedades de pobre que había que eliminar, no diluyendo energías en prácticas mutualistas, sino reconquistando el derecho a la salud, beneficio que no se obtendría sin lograr mayor importancia adquisitiva y sin recortes operados en el cartel de horas de trabajo. De aquí la primera rebelión del obrero: la huelga, y de aquí también la incomprensión manifestada por la burguesía asesorada por la fuerza del Estado: declarar los ceses voluntarios de trabajo problema de Guardia civil.

Tal es el inicio, sencillo y trascendente a la vez, del Sindicalismo. Las masas obreras inasistidas, o mejor, entregadas a la voracidad patronal por los siglos de los siglos, se capacitan de su derecho a la vida y reaccionan al margen de Dios, del Amo y del Gobernante, bajo cuyos señuelos habríase eternizado el suplicio de la esclavitud. Sin presencia de directores y abogados, el censo proletario se fue organizando, tomando conciencia de su valor social y combativo, y a la inocencia de los primeros pasos sucedió el desarrollo de la comprensión y de la inteligencia que dieron motivo a la fijación de un propósito que, enmienda tras enmienda, llegaría a la sana conclusión de que con dueños y autoridades la vida normal del hombre resulta imposible.

Irritadas por un tal atrevimiento, impedidas de mantener su derecho al abuso a pesar de la definición romana sobre la posesión particular de los bienes de la tierra, las autoridades civiles, religiosas y militares (concreción: el Estado) se decidieron por la réplica violenta que siempre llevó—aún lleva—carne abatida a los cementerios y carne sufriendo a los hospitales y a los antros carcelarios. Argumentación tajante, dolorosa, pero a todas luces nefanda y nada convincente. A partir de esa cruel experiencia los trabajadores se sabían poseedores de la razón y conocedores de un brutal aviso: para hacerla prevalecer sería necesario recurrir a la fuerza bruta, puesto que a ello impelia la ceguera de su feroz contrincante, verdad que sigue abonando la presencia del Sindicalismo revolucionario o de acción, en el panorama político del día, puesto que la moral burguesa no ha variado de tono ni sus mandatos de procedimiento, separándonos



del nacimiento y represión del Sindicalismo algo más de un centenar de años, esto es, una diferencia material de tiempo, quedando el problema sin la solución debida a pesar de ciertas y obligadas transigencias de los partidos estatales.

Con la aparición del Sindicalismo, el productor ha podido pensar en el inicio de una era de reivindicaciones sociales, en la cristalización de múltiples y dispersos deseos en una idea de redención clasi-sista primero, humana después; y sobre todo, en la obtención de una fuerza considerable y propia capaz de revolucionar, por empuje y sentido justiciero, las concepciones sociales tradicionalistas mantenidas por las viejas y nuevas escuelas autoritarias.

De todo lo cual se deduce que Autoridad y Sindicalismo están frente a frente, y que el sindicalismo que aducen los organismos obreros lideristas es una corrupción de la agremiación proletaria primitiva, una degeneración de principios valedera para desarticular una fuerza libre que sometida al Estado por los buenos oficios de los conductores de masas, deja de ser una fuerza de oposición y redención para convertirse en un soporte más de las instituciones enemigas del bienestar general, y, por ende, del derecho indeclinable del hombre que trabaja.

¿ESTA EN MINORIA DE EDAD EL OBRERO?:— Con lo definidas que están las ideas y por lo mucho que la sociología libre se ha ocupado de ellas, parece que las multitudes productoras de todo el orbe deberían mantenerse en un estado de avance tal, que el poder capitalista resultara hallarse al borde de la quiebra. ¿Por qué no ocurre así? ¿Por qué la evidencia de los hechos parece desmentirnos?

Sin que ningún explotado crea que debe el pan de su boca al fetiche celestial ni al patrón todopoderoso, la vida económica de los pueblos transcurre estancada en el vicio de siempre, es decir, que con facultades a veces para adquirir una motocicleta, un televisor y una casita prefabricada, el trabajador común continúa adherido a la organización social que mentalmente, y en alguna ocasión con hechos, ha superado. Contradicción que podrían explicar el enojo por las determinaciones violentas si otra violencia—terriblemente inútil, además: la guerra—no afeara frecuentemente la conducta de los hombres; o una maduración extremadamente prometedora capaz de hacer caer sobre mano la mejora caudal que los impacientes juzgamos ha de adquirirse rápidamente y con esfuerzo. Pero, lejos de encontrarnos en el pretil de las grandes realizaciones sociales; lejos de estar en sazón la conciencia de los hombres, ahí tenemos al Estado más fuerte y avasallador que nunca gracias al desnivel producido por el abandono obrero de la experiencia y el aprovechamiento capitalista de la misma. La situación moral de los trabajadores, hoy es de una absurdidad evidente, y pronto nos apercibiremos de ella confrontándolos con los incipientes sindicalistas de ayer, muy verticales en sus decisiones, compensadoras las más de las veces del tiempo que perdían en tanteos motivados por la carencia de ejemplos vividos.

Pero hoy que esta experiencia ha sido realizada en todos los extremos; que los ensayos han sido prodigados en todo sentido; que no queda trabajador asalariado ignorante de cuál es la verdadera reforma social: la destrucción de los regímenes estatales imperantes para sucederlos con otro regido

por las bases igualitarias previstas, no se explica que grandes masas de explotados sirvan de pedestal a las políticas de desvío, que se sientan protegidas por un Estado que poco a poco las absorbe, que se avengan a servir de bulto, de escabel, de escudo de arribistas y embaucadores; que sean fuerza alquilable, suprimible, en lugar de potencial consciente e irreprimible que se dirige, implacable, a la realización de un magno propósito de justicia social.

Y ahí tenemos, gracias a esta inexplicable mixtificación de intereses, de rectificación absurdísima de conducta, como la realización social más maravillosa que ha de registrar la Historia: el comunismo libertario, se aplaza peligrosamente dando recurso a sus impugnadores, que bien se aprovechan del grave descuido de nuestras confiadas multitudes. Dichos en el arte de confundir, los sacerdotes del Estado utilizan las turbaciones de la clase obrera para distraerle las consignas, remedarlas, y devolvérselas con significado torcido, si bien presentadas con voces altisonantes y declamaciones de gracioso estilo.

Espantó a la clase dominadora la capacidad constructiva de los trabajadores asociados. Vieron los estadistas de toda laya que la inocencia de un aumento de sueldo y la menos inocente rebaja de unas horas en la jornada diaria de trabajo, podrían conducir a los parias a abrir los ojos hasta el punto de ver claro en su lógico destino: el de la emancipación de su clase con la consiguiente y profunda reforma de la sociedad. Con anarquistas de por medio, el Sindicalismo se convertía en enemigo peligroso, a la postre invencible yendo a la conquista de los útiles de trabajo y al reparto equitativo de los frutos resultantes del mismo. Con oportunistas en el Sindicato, la asociación de los trabajadores entraría en una fase degenerativa al confiar éstos la defensa de sus intereses al líder, al diputado, al ministro, que le aportarían abundante libertad económica y política en bandeja rebosando legalidad. Primó esta argucia, y el Sindicalismo quedó desconocido, y si no ello, reducido a la expresión actual de una A.I.T.

¿El bel sindicalismo? ¡Oh, sí! Muy compuesto, muy fotogénico, muy «chic» para ser ostentado en revistas de papel couché, con presidentes, estrella y taquimecanógrafas para flirtear. Y alegremente multitudinarias sus Federaciones, y encantadoramente millonarias sus Internacionales. Pero todo esto, sufriendo elefantiasis, precisamente, resiente la falta de vértebras, la carencia absoluta de sangre, pongamos idealidad. Menos sombrías, más voluntarias del esclavaje dorado al que por sometimiento al capitalismo se deben, las masas obreras de los países democráticos se parecen como un nabo esférico a otro nabo longitudinal (forma diferente con idéntica sustancia) a las masas felices por decreto emanado de gobierno bolchevique. Demócratas y totalitarios (sin omisión de «führers» y «duces») han atronado los espacios asegurando disponer de la voluntad obrera organizada, consistiendo el drama en que eso, tan dispar y vergonzoso, ha sido casi verdad a causa de la modernización (putrefacción) del Sindicalismo. Es a causa de esa bifurcación inaudita, de esa absurda transigencia de los obreros amontonables que desgraciadamente parecen estar en mayoría, que la espléndida oportunidad libertaria atibada a fines del siglo pasado y a principios del presente por los grandes teóri-



cos del socialismo integral, ha sido disuelta en la más odiosa de las inanidades, en el más enzarzado y pedregoso de los páramos: el de la política.

Y conste que al llegar a esta áspera conclusión no somos presa ni del rencor ni de un sentimiento, podríamos decir religioso, afectando al Sindicalismo en su estado primitivo, por cuya razón nos guardaremos mucho de fustigar a las multitudes gregarias y de declarar, por otra parte, que el Sindicalismo se basta a sí mismo. Son estos sonsones sin pizca de originalidad, muy adecuados para morir murmurando. El proletariado no está pervertido y si obra contra sus intereses definitivos es porque no ha comprendido aún su misión de aunar el esfuerzo de hoy con la posibilidad de mañana ni la excepcional importancia de acogerse a una fórmula sindicalista idealizada, imantada de porvenir, en lugar de dejarse estancar y entumecer por la palabrosa lideresca, estatista, de tanto diocesillo materia-

lista como abunda por la tierra desde que los trabajadores no creemos en el Cielo.

Por retumbantes y trompeteadas que sean las victorias del mundo viejo y del aviejaado sistema comunista bolchevique, conseguidas en lucha contra el igualitarismo y al favor de todas las rutinas antiguas y modernas, las soluciones permanentes del anarquismo siguen intactas por no decir mejoradas, prestas a su aplicación en vista de que el desarrollo cada vez más aberrativo de las sociedades autoritarias está a punto de situar a la Humanidad en un impase terriblemente trágico, del que no saldrá sin volver sus pasos hacia el sindicalismo primario, instintivo, tan magistralmente pulimentado y enriquecido por los maestros que de la experiencia sindical han sacado la maravillosa consecuencia del comunismo libertario.

Juan FERRER



La existencia de un solo Estado limitado supone necesariamente la existencia y en caso de necesidad provoca la formación de otros Estados, porque es muy natural que los individuos que se hallan fuera de él, amenazados por él en su existencia y en su libertad, se asocien a su vez contra él. He ahí, pues, a la humanidad dividida en un número indefinido de Estados extraños, hostiles y amenazantes unos para otros. No existe en modo alguno derecho común, contrato social entre ellos, pues que si existiera cesarían de ser Estados absolutamente independientes uno de otro, se convertirían en miembros federados de un solo Estado. Pero a menos que este gran Estado no abarque a la humanidad entera, tendría contra él la misma actitud de hostilidad necesaria de otros grandes Estados interiormente federados; eso sería siempre la guerra como ley suprema y como una necesidad inherente a la existencia misma de la humanidad.

Interiormente federado o no federado, cada Estado, bajo pena de perecer, debe, pues tratar de hacerse el más poderoso. Debe devorar para no ser devorado, conquistar para no ser conquistado, esclavizar para no ser esclavizado, porque dos potencias similares y al mismo tiempo extrañas una a otra no podrían coexistir sin estar en oposición.

El Estado es, pues, la negación más flagrante, más cinica y más completa de la humanidad. Rompe la universal solidaridad de todos los hombres sobre la tierra, y no asocia a una parte de ellos sino para destruir, conquistar y esclavizar a todos

los demás. No cubre con su protección sino a sus propios ciudadanos, no reconoce el derecho humano, la humanidad, la civilización sino en el interior de sus propios límites; no reconociendo ningún derecho fuera de sí mismo, se arroga lógicamente el de la más feroz inhumanidad contra todas las poblaciones extranjeras que puede saquear, exterminar o esclavizar a su capricho. Si se muestra generoso hacia ellas no es jamás por deber; porque no tiene deberes sino hacia sí mismo ante todo, y después hacia aquellos de sus miembros que libremente lo han formado, que continúan constituyéndolo libremente, o aun, como sucede a la largo, que han llegado a ser sus súbditos. Como el derecho internacional no existe, y como no podría existir jamás de una manera seria y real sin minar en sus fundamentos mismos el principio de la absoluta soberanía de los Estados, el Estado no puede tener deberes frente a las poblaciones extranjeras. Por consiguiente, si trata humanamente a un pueblo conquistado, si no lo despoja y no lo extermina más que a medias y si no lo reduce al último grado de esclavitud, será por política o por prudencia tal vez, o por pura magnanimidad, pero jamás por deber, pues tiene el derecho absoluto de disponer de él a su capricho.

Esta negación flagrante de la humanidad, que constituye la esencia misma del Estado, es desde el punto de vista del Estado el supremo deber y la mayor virtud.

Miguel BAKUNIN



# MÁS SOBRE LA PRETENDIDA CRISIS DEL ANARQUISMO



ABIAMOS afirmado que las constataciones del inventario sobre actividades anarquistas no demostraban otra cosa que un deficiente rendimiento proselitista y no el fracaso de la concepción filosófica, política y social que es el anarquismo. No vamos a insistir mucho en las razones, ya apuntadas, de «aquella deficiencia». Nos limitaremos a concretar los aspectos ya tratados: las terribles represiones del Estado y la réplica con la «propaganda por el hecho» (terrorismo anarquista); el sindicalismo puro o autosuficiente; el espejismo del milagro revolucionario; la abdicación por el anarquismo de su misión fundamental y permanente; el circunstancialismo posibilista y la crisis general de valores de nuestros tiempos.

La decadencia arranca, pues, de imponderables más o menos violentos y de la desviación hacia tácticas no correspondientes con el anarquismo, no del fracaso de sus principios.

Este problema de tácticas y principios tiene capital importancia para el estudio de las diversas tesis revisionistas. Aparentemente la ofensiva revisionista va dirigida contra las tácticas y no contra los principios. Decimos «aparentemente» porque los diferentes adversarios del anarquismo han tenido un especial interés en dejar al margen de la contienda lo que son nuestros principios fundamentales. Tenemos razones para suponer que esta concesión obedece más bien a razones estratégicas y no a lo que muchos anarquistas vienen aun suponiendo. A saber: que en tratándose de los principios del anarquismo, éstos desafían todo posible contraste. O lo que es lo mismo, que emplazados al terreno de la lógica o del razonamiento todo el mundo tiene que rendirse a la evidencia de que lo mejor es lo nuestro.

Esta suposición es ilusoria. En primer lugar porque el anarquismo, como toda doctrina humana, no explica satisfactoriamente todos los problemas que se agitan en la conciencia del hombre. No existe una teoría que dé la fórmula absoluta del sentido de la vida. Ni la ha habido ni la habrá jamás. En el fondo de toda teoría, en las teorías científicas, existe la hipótesis. La hipótesis no es otra cosa que una verdad provisional (y como tal arbitraria), sobre la cual se construye todo el edificio de la teoría. Para justificar su tesis *voluntarista*, Malatesta tuvo que contender con los *deterministas* de su época que negaban la existencia científica de la *voluntad*. Malatesta demostró que la existencia de la voluntad determinativa no tenía más peros en contra que los tiene la tesis contraria. Y que puesto que era esta «verdad» algo a establecer en su día por la ciencia, cabía partir ahora de verdades provisionales. Malatesta reivindicaba el mismo trato de igualdad científica para su voluntarismo que para el determinismo.

Este problema de «determinismo» o «voluntarismo» lo hemos considerado siempre como el más profundo en la concepción de la teoría anarquista. No comprendemos que haya todavía anarquistas que puedan pronunciarse por el principio determinista, y zarandear al mismo tiempo con ostensible menosprecio la tesis contraria que es a nuestro entender lo que da categoría al pensamiento anarquista en todas sus manifestaciones.

Tenemos, pues, unos principios anarquistas discutibles como todo lo humano y divino. Los discuten no solo los reformadores abiertos del anarquismo sino muchos anarquistas

antirreformistas o anticolaboracionistas, como se viene diciendo ahora.

Por lo que respecta a marxistas y demócratas no hay que dejarse llevar por lo que podríamos llamar su «coba» proanarquista. Por lo que a los primeros se refiere no hay más que leer el «Manifiesto Comunista» para ver que el marxismo reivindica como propio el objetivo finalista de una sociedad sin clases: comunista en el sentido genérico de la palabra. «Son solo los medios o métodos tácticos lo que separa a anarquistas y marxistas ortodoxos», se viene diciendo. Las dos tendencias en que se dividió más tarde el marxismo, principalmente con motivo de la primera guerra mundial y por la aparición del bolchevismo (1), no descartan tampoco este objetivo supremo que los socialistas llaman «socialismo» y que siguen denominando «comunismo» los stalinistas y leninistas. Pero a estas alturas ya no es posible prestarse a engaños en cuanto a la sinceridad de aquella declaración. Del mismo modo que hace tiempo que se habla de «socialistas sin socialismo» podemos decir lo propio de quienes, retóricamente, monopolizaron el comunismo. Si las tendencias marxistas no tienden a reprocharnos más que la cuestión de tácticas, ello es una táctica más con miras a la galería. Estos imitan a muchos católicos en invocar constantemente a un dios en el que no creen. La verdad es que demuestran ser tan incrédulos de nuestras tácticas que de nuestras finalidades. No hablemos ya de los principios. Las «bases científicas» del socialismo, que niegan la conciencia determinativa del hombre y afirman el automatismo de los fenómenos económicos, políticos y sociales, están a cien leguas de nuestras concepciones básicas. Y si no existe entre nosotros un mismo punto de partida ni coincidencia en los medios de locomoción, ni un objetivo común, ¿qué es lo que nos une a los llamados vástagos de la familia socialista? El mismo concepto de «familia socialista» tiene su lado sofístico. El movimiento anarquista tiene más de común con el liberalismo histórico que con el jacobinismo y babeufismo de la revolución francesa, movimientos estos últimos a los que se atribuye la paternidad del comunismo. El liberalismo histórico tuvo como punto de mira la negación de la autoridad y del centralismo del Estado: «El mejor gobierno es el que gobierno menos», o «el mejor gobierno es el que no gobierna» (1). En cambio, el jacobinismo y el bebeufismo son la exaltación del gobierno fuerte del pueblo frente al gobierno aristocrático y burgués. En Bebeuf han encontrado marxistas, leninistas y stalinistas los gérmenes de su «dictadura del proletariado».

Para dejar zanjado este aspecto que estamos tratando, diremos que los propios demócratas nos hacen constantemente el homenaje de que no tienen ninguna objeción a oponer a nuestros proyectos, que los consideran humanos y bellos pero que irrealizables dado el acervo de imperfecciones y prejuicios.

(1) En Alemania, sede del «socialismo científico» la crisis del marxismo la planteó el llamado «movimiento de los jóvenes». Estos fueron expulsados del Partido Socialdemócrata en un congreso celebrado en 1891. De este movimiento partieron ramificaciones tales como el anarquismo y el comunismo alemanes. El viejo Engels trató a estos jóvenes de «espías policíacos y anarquistas disfrazados».

(2) Jefferson y Thoreau.



cios que atosigan al género humano. Y hasta serían capaces de transigir—unos como otros—con nuestros principios, considerados éstos como pura entelequia.

El fuerte de la condenación recae siempre sobre las tácticas del anarquismo. Marxistas y demócratas de todos los colores no quieren verse achicados en cuanto a lo que son promesas a sus correligionarios y electorado. Por inverosímiles que parezcan las llamadas utopías de los anarquistas, siempre quedan éstos en mantillas ante las falsas promesas de los políticos en tiempos de elecciones, quienes no se inmutan por un ofrecimiento más o menos.

Pero las arremetidas más peligrosas del revisionismo son aquellas que nos vienen del propio campo anarquista. Y estas arremetidas coinciden también, por rara paradoja, con los argumentos que se esgrimen desde el exterior. «Nada tenemos que objetar—se nos dice—en cuanto a principios y finalidades; consideramos a éstos inamovibles: el problema a reconsiderar es de orden táctico.» Y aquí sigue toda una serie de consideraciones basadas en el realismo circunstancial. Nos sabemos de memoria esta salmodia. La habíamos aprendido de labios de marxistas y demócratas mucho tiempo antes de que los revisionistas domésticos—los de nuestra propia casa—pasaran por ese trance de vértigo. Estos, por lo que se deduce, no tienen ni siquiera el mérito de haber aportado algo nuevo. Su único trabajo ha sido copiar al mínimo detalle a todos los adversarios sistemáticos o sinceros del anarquismo.

Para poder enjuiciar razonadamente las tácticas del anarquismo habría que empezar por demostrar cuáles de aquellas son o no conformes con el cuerpo doctrinal de esta ideología. Porque sería mucho atrevimiento suponer que los procedimientos de acción del anarquismo militante fueron incorporados a éste por la ley del capricho. Y esto solo se les puede ocurrir a quienes tienen la osadía de aparentar desenvoltura sobre cosas que desconocen.

No seremos nosotros quienes neguemos que en los azares de la lucha hemos ido acumulando una serie de adherencias extrañas a nuestros principios y finalidades. ¿Es a ello a lo que se refieren nuestros revisionistas domésticos? Vengan, pues, los argumentos y las demostraciones y estaremos al cabo de la calle. Porque en el anarquismo abundan esas adherencias extrañas como extrañas son también ciertas pretensiones innovadoras. Existen igualmente varias interpretaciones del anarquismo dentro de la común coincidencia contra la autoridad, contra el Estado y contra la colaboración política que es colaboración con el Estado. Y sólo las mentalidades chatas han podido ver discrepancias fundamentales, criterios irreconciliables entre los anarquistas individualistas y los que militan en la organización obrera; entre los anarco-colectivistas y los comunistas libertarios. A ninguno de estos anarquistas se le ocurriría, bajo ningún pretexto, ni a título circunstancial, admitir las decantadas virtudes providencialistas del Estado.

Todo lo que han sabido decir los revisionistas de nuestras tácticas es que éstas son demasiado rígidas, anticuadas, muy «para todos los tiempos». Y hemos tenido que sobreentender que la pesadilla de sus ensueños o la causa de sus desvelos no puede ser otra que la llamada «acción directa». Aunque si se les apura acabarán por conceder que la misma «acción directa» está en su lugar... pero a condición de que en algunas circunstancias hay que darle una cierta flexibilidad. Y de ahí se sigue todo aquello de que «los acontecimientos evolucionan», y de que «a nuevas realidades nuevos procedimientos de acción».

Nuestros revisionistas domésticos pueden decir todas estas cosas, en medio de estentóreas adhesiones a los principios, a las finalidades y a las mismas tácticas de acción directa. El mismo concepto elástico que tienen sobre las tácticas demuestra que para ellos todo lo demás es una entelequia, una abstracción; algo semejante a esas imágenes o amuletos que

conservan todavía los creyentes escépticos a título de que «los santos no comen pan».

Si nuestros reformistas pueden muy bien atacar las tácticas del anarquismo y especialmente la «acción directa» sin que les hagan estorbo los principios, a nosotros nos sería difícil defenderlas sin plantear en toda su crudeza este problema de fondo: que es imposible atacar esas tácticas sin atacar los principios y que es contra esos mismos principios que va dirigida la verdadera ofensiva. Es por esto que hemos empezado este trabajo con una especie de reto a que se nos demuestre que la depresión anarquista internacional obedece a causas consubstanciales con la doctrina de que estamos tratando y no a sus propias desviaciones, a causas mayores de violencia, y a la estupidez humana.

Procedamos, pues, como si el anarquismo en bloque estuviera en causa y nos fuera encomendado a nosotros el defenderlo. En tal supuesto cabe empezar por establecer cuáles son sus puntos de vista fundamentales y qué ha sido de ellos en su trato con las realidades. He aquí una serie de afirmaciones del anarquismo:

- I.—Una de las mayores calamidades sociales es el principio de autoridad.
- II.—El Estado es la autoridad sistematizada.
- III.—El órgano de la autoridad sistematizada tiene que ser forzosamente un instrumento de opresión sistemática.
- IV.—Es imposible utilizar el Estado (órgano de opresión) para fines sociales y de libertad.
- V.—Estado y sociedad son dos cosas diametralmente opuestas y antagónicas.
- VI.—Todas las auténticas libertades se han conquistado contra la voluntad del Estado y en lucha contra el Estado.
- VII.—Al Estado no se le conquista o domestica y menos se le destruye desde dentro. El Estado tampoco se suicida.
- VIII.—El Estado tiende a hacerse cada vez más fuerte, a centralizarlo todo en sus manos, a minimizar al individuo y a aniquilarle moral y materialmente por la servidumbre ciega o por la guerra.
- IX.—No es cuestión de éste o aquel Estado, sino de todos los Estados.

Para defender estas premisas del asedio de todas las escuelas autoritarias sería preciso salirnos del límite del artículo, abordar el ensayo, el opúsculo o quizás el libro. Nos releva de este trabajo podernos encarar con una de las escuelas que más ha utilizado en la defensa del Estado, y esta escuela es el marxismo.

Vamos a omitir de hacer hincapié en las prolijidades de principio sobre las cuales el propio marxismo ha venido discutiéndose a sí mismo. La interpretación materialista de la historia y las clásicas revelaciones sobre las consecuencias de la concentración capitalista están en crisis—desde los tiempos de Berstein y Kautzky—entre los propios marxistas. Ahora bien, sobre el papel histórico del Estado y la definición de éste como «órgano de opresión al servicio de una clase», los propios marxistas ortodoxos lo han enseñado a sus generaciones de discípulos a través del «Manifiesto Comunista» que todavía se viene reeditando. Y a confesión de parte no hay por qué repetir que una mayoría de las premisas anarquistas sobre la contextura y esencia del Estado se hallan confirmadas por sus antagonistas globales. El análisis, pues, queda simplificado o más bien reducido a un solo aspecto fundamental, aquel en que los marxistas otorgan al Estado la virtud realizadora del socialismo y que el anarquismo discute con las fórmulas transcritas más arriba, especialmente en la IV, VII, XIII y IX.

Debemos a socialistas políticos y comunistas autoritarios (a sus ensayos por conquistar el Estado para transformarlo desde dentro), la prueba de la firmeza de las previsiones anarquistas. Son principalmente a retener las experiencias de la socialdemocracia y del comunismo soviético. Empleando tácticas diferentes—la colaboración y el golpe de Estado,



la conquista progresiva y el asalto frontal—, socialistas y comunistas han podido llegar a creerse dueños del Estado y con potestad para hacer de él lo que bien se les antojare. Pero esta conquista y el consiguiente domeñamiento no han pasado de ilusión. El conquistador de conquistadores ha sido siempre el Estado. Entre los socialistas, su paso por los órganos de colaboración les ha hecho perder completamente la noción de algo fundamentalmente marxista como es el dogma de la «lucha de clases» y la propia revolución proletaria fué trocada por el reformismo y nacionalismo más anémicos. Los socialistas reformistas terminaron echando sobre sus débiles espaldas el difícil papel de contentar a dos clases cuyos intereses son profundamente antagónicos. Aquellas terribles contradicciones del sistema capitalista de que nos habla Marx en «El Capital», y que tan acertadamente calificó de *irreductibles*, se habían comprometido sus discípulos predilectos en armonizarlas y compatibilizarlas. ¿A qué punto lograron su empeño tras haber cabalgado a la jineta en la mayoría de los Estados europeos? El fascismo y el nazismo—y las dos guerras mundiales—podrían aquí pedir la palabra. El fenómeno fascista no es sino la consecuencia de la agudización de aquellas contradicciones en los planos nacional e internacional. Es decir, la trágica demostración del fracaso socialdemócrata en el plano social, político, económico y diplomático. Las contradicciones del sistema capitalista enfrentan no sólo a las clases sociales sino a unos con otros Estados. Y estas contradicciones no tienen armonización posible sino con la supresión de las clases mismas que rige y fomenta el Estado en tanto que clase central dominante. La persistencia de estas contradicciones—por falta de audacia revolucionaria—hace que el Estado, ahogado en ellas, incapaz de suicidarse y menos dispuesto a soportar interferencias, aun bajo forma de reformas, las resuelva a su manera, buscando salidas heroicas aunque transitorias. La gran crisis capitalista que sucedió al armisticio de 1918, crisis de superproducción, de saturación de los mercados, de paro obrero en proporciones espantosas, de conflictos de orden público, de quiebras financieras, no tenía otra salida que la revolución (transformación radical del sistema económico, financiero y político) o la reacción desesperada que el Estado tuvo: la contrarrevolución nacional y la guerra internacional. El Estado, asesinando a millones de súbditos, o aniquilándolos físicamente con el peso de su brutalidad, o batiéndose con otros Estados en dos guerras universales, ha ido superando transitoriamente la crónica crisis de su sistema consubstancial, y estará dispuesto a recurrir a los mismos y expeditivos métodos cada vez que vuelva a agudizarse la presión de aquellas contradicciones. Mientras el socialismo se obstina en armonizar lo inarmonizable el Estado tiene su fórmula infalible para superar sus trances más difíciles: el fascismo y la guerra, que equivale a echar todo por la borda—oposiciones tibias o reformas—para salvar su posición privilegiada de clase dominante.

La revolución soviética es uno de los experimentos más aleccionadores sobre la supuesta ductilidad del Estado. La primera constatación a retener es aquí de orden doctrinario. Los precursores del comunismo de Estado habían doctrinado a sus discípulos en la tesis dialéctica hegeliana. Según ésta el proceso de transición del capitalismo al comunismo (socialismo integral) tenía sus etapas marcadas de antemano. Dos de esas etapas prefijadas eran el proceso de democratización política y el desarrollo y concentración industrial. Federico Engels, en su requisitoria contra los cantonalistas españoles (1873) afeaba a los anarquistas su pueril pretensión de querer forzar los acontecimientos sin tener en cuenta aquellas dos etapas previas. Según él España no podía pensar en una transformación socialista saltando del feudalismo político y económico al federalismo de los cantonalistas. En España no se había dado todavía el fenómeno de concentración industrial y capitalista y apenas el fenómeno industrialista. España no había conocido tampoco el fenómeno de

mocrático-político. Luego no había que soñar en el socialismo. Así es cómo razonaba Engels en perfecto rigor dialéctico.

¿Es necesario mencionar que Engels fué el padre espiritual de Lenin y que éste fué el gran artífice del experimento soviético? ¿En qué consiste este experimento? Precisamente en la tesis contraria a la dialéctica de Engels. Las condiciones económicas y políticas de la Rusia zarista heredadas por los bolcheviques eran mucho más inapropiadas para el socialismo que las que criticaba Engels en los cantonalistas españoles. El Estado zarista era ya no absolutista como el español, sino despótico con todos los agravantes asiáticos. Desde el punto de vista económico el industrialismo era allí mucho más precario que en España. Compatibilizar las contradicciones de la dialéctica con esas contradicciones económicas y políticas fué el gran empeño de Lenin. Y de ahí una nueva ramificación del marxismo: el leninismo. Este había de conducirnos al stalinismo.

El leninismo se caracteriza, a pesar de todo su fárrago sofístico, en el hecho de quemar todas las etapas intermedias entre los fundamentos del «materialismo histórico» y la «dictadura del proletariado». Al echar por la borda al gobierno de Kerensky, Lenin pasa por encima del proceso democrático, industrialista y de la concentración del capital; prescinde igualmente del proceso de proletarianización y se atiene solamente al penúltimo acto de la trama dialéctica: a la toma del poder político por la clase proletaria (?), a la dictadura del proletariado. Según el leninismo, de acuerdo aquí con la ortodoxia marxista, a partir de este momento, el Estado, instrumento de una clase para oprimir a otra clase, puesto éste en manos de los trabajadores, oprimirá hasta hacer desaparecer los últimos vestigios de la clase burguesa y del capitalismo. Toda la epifanía doctrinal de Lenin se basa en querer convencernos de la naturaleza maleable del Estado. De ahí su inquina contra el anarquismo que llega a convertirse en obsesión morbosa en él como en sus discípulos. Vamos, pues, a ver cómo el Estado, cuya naturaleza de casta y represiva le favorecen en el caso, puede ser utilizado para los fines de emancipación del proletariado. Basta para ello con que los que le cabalgan no sean burgueses ni reaccionarios sino proletarios y revolucionarios. El Estado no es, pues, otra cosa que la imagen y semejanza de los que lo manejan o dirigen.

Renunciamos a exponer minuciosamente el proceso de desencanto o desilusión de este milagro frustrado. Salvo el partido stalinista dominante en Rusia y en los Estados satélites de Rusia, y salvo los apéndices del stalinismo ramificados por todos los países, todas las escuelas autoritarias y las marxistas de oposición al Estado soviético han tenido que reconocer:

Que Rusia se halla hoy más lejos que nunca del socialismo.

Que lo que se llama comunismo oficial no es otra cosa que un Estado nacionalista más con todos los agravantes imperialistas.

Que la dictadura del proletariado se ha convertido en dictadura contra el proletariado.

Que en ningún país del mundo se tasa a más bajo precio el valor de la libertad y del individuo que en Rusia.

Que el Estado es allí el todo absoluto y no un mero instrumento.

Que la llamada dictadura del proletariado no ha suprimido las clases, ni política ni económicamente.

Que permaneciendo en pie las clases persisten sus privilegios, y en consecuencia las mismas contradicciones peculiares al sistema capitalista, con la única particularidad que siendo el Estado el amo absoluto, estas contradicciones les resuelve por el procedimiento de la más brutal violencia.

Que el comunismo soviético no ha podido tampoco resolver estas mismas contradicciones en el plano diplomático, y de ahí que intervenga activamente en la batalla per-



manente a que se libran los Estados capitalistas, como un Estado capitalista o nacionalista más.

Que sus intereses se hallan involucrados en la permanente lucha por las materias primas, por los mercados, por el expansionismo y por la necesidad de zonas estratégicas de seguridad y de influencia.

Que el comunismo ha agravado, en vez de aportar soluciones, el problema de la paz y de la guerra.

Por consiguiente, para poder hablar afirmativamente y con responsabilidad de una crisis del anarquismo en el aspecto doctrinal habría que probar como mínimo que estas conclusiones, refrendadas por los campeones del Estado que son los marxistas, son falsas. No hay que insistir en que las constataciones aquí expuestas son justas y, como consecuencia, el punto de vista anarquista sobre la naturaleza y tendencias del Estado no ha perdido actualidad. Pasemos a examinar ahora el aspecto táctico.

Dada la definición hecha del Estado por el anarquismo, cae por su peso que uno de los principales objetivos de éste es la destrucción de aquél. Pero dado que, como hemos visto, al Estado no se le destruye desde el Estado, es obvio también que la destrucción hay que llevarla a cabo desde fuera. Los anarquistas han llamado a la acción antiestatal desde fuera del Estado «acción directa». La acción directa no es sinónimo de acción violenta o revolucionaria, aunque abundan bastante los que lo entienden así. Acción directa antiestatal expresa simplemente no contemporalización, no colaboración, no beligerancia con el Estado. Si el anarquismo es todo aquello en que convergen todas las tendencias que se reclaman de este movimiento, la llamada «acción directa revolucionaria o violenta» no cuenta con la conformidad de todos los anarquistas. El anarquismo, en la parte que representa a todas las tendencias, ha hecho contra la tendencia revolucionaria aseveraciones tan concretas como las siguientes:

Que la violencia no produce más que violencia.

Que la violencia es autoridad químicamente pura.

Que no sabemos dónde termina la violencia revolucionaria y dónde empieza la violencia contrarrevolucionaria.

Que lo mismo puede decirse de la violencia a título defensivo.

Que la violencia a título transitorio hace buena la teoría del Estado transitorio.

Que el culto a la violencia revolucionaria deforma la mentalidad de sus feligreses como deforma la mentalidad de los políticos el ejercicio del mando.

Que la violencia es un arma de dos filos.

Que todas las revoluciones han perecido asesinadas en manos de los propios revolucionarios o que, «como Neptuno, devoran a sus hijos».

Por su lado, los partidarios de la acción directa revolucionaria han defendido su tesis definiendo la sociedad del Estado como un círculo vicioso que hay necesidad de romper violentamente, a falta de otro medio practicable, para que todas las cosas recobren su curso normal. Según ellos:

El Estado no es solamente la violencia organizada o sistemática sino la miseria, la ignorancia y la abyección.

Por medio de la violencia, de la ignorancia y de la miseria, el Estado corrompe desde la cuna a la tumba a cada nueva generación.

El Estado es una escuela permanente de robo en todas sus gradaciones, de vicio, de egoísmo y de crimen.

El Estado corroe los sentimientos solidarios y de sociabilidad del hombre.

El Estado nubla el entendimiento, mata la sensibilidad, destruye la dignidad y castra la virilidad.

El Estado estanca y corrompe la cultura y obstruye el progreso.

Sin la muerte a cualquier precio del Estado no hay esperanza de redención para la humanidad, ya que la impo-

tencia que engendra en ésta el Estado robustece más y más a éste y engendra de cada vez más impotencia.

Y este círculo vicioso no se rompe con la cultura que el Estado entorpece, ni con la resistencia pasiva que el Estado reduce, ni por la emulación de los buenos ejemplos que cada día abundan menos.

Sólo la fuerza de las armas y el poder de la dinamita puede hacer volar los diques de contención de esta situación viciosa.

Repetimos que al apoyar o combatir esta tesis o el punto de vista contrarrevolucionario no se apoyan o combaten sino tendencias diferenciales del anarquismo. Por lo tanto no se ataca ni se defiende al anarquismo en la persona de una de sus tendencias. Sin embargo, todos los anarquistas están de acuerdo en que el Estado es nocivo y que hay que combatirlo directamente que quiere decir desde enfrente, sin aceptar tratos con él de ninguna especie, sin hacerle concesiones: aislándolo, desobedeciéndole, boicoteándolo.

Los revisionistas tienen perfecto derecho a sublevarse contra cualquiera de las tendencias del anarquismo y apoyarse en la que merezca su preferencia. Pero las tácticas fundamentales del anarquismo exigen el respeto de todos aquellos que se llaman anarquistas. Y la acción directa, el antiparlamentarismo, la no colaboración, la oposición al reformismo en lo que tiene éste de escamoteo de las soluciones radicales que la existencia del Estado y el capitalismo plantean, pertenecen a esas tácticas fundamentales y permanentes. Poner pegas a la rigidez de la acción directa so pretexto de oportunismos y circunstancialismos es remedar a los socialdemócratas, hacer oposiciones a sus vicios, contrasentidos y fracasos, con la única diferencia, en honor esta vez de los socialdemócratas, de que éstos no se engañan ni engañan a nadie en nombre de los principios, de las finalidades y de las tácticas del anarquismo.

El oportunismo y el circunstancialismo dejan todas las puertas abiertas a las interpretaciones más caprichosas. Abocados por esta pendiente es muy difícil volver atrás. Después de unas «circunstancias excepcionales», susceptibles de aconsejar las posiciones más extrañas, vienen otras circunstancias tanto o más categóricas que las anteriores. Y las desviaciones justificadas o consentidas dejan siempre una perniciosa herencia.

Uno de los ejemplos más ilustrativos es el del anarquismo español durante la revolución y la guerra civil. La desviación comienza allí con el circunstancialismo de la guerra. Los anarquistas intervienen en el Gobierno para ganar la guerra y para conservar o ampliar las conquistas revolucionarias. El objetivo fundamental es la revolución, y cuando la revolución se hunde con motivo de los hechos de mayo de 1937, cuando son expulsados del Gobierno central los propios ministros anarquistas, la C.N.T. y la F.A.I. siguen encontrando circunstancias que les aconsejan mantenerse en los órganos oficiales de colaboración en que aún se les tolera. Las conquistas revolucionarias que todavía subsisten viven de prestado al amparo de la situación militar desastrosa. Las ofensivas del comunismo dominante contra las colectividades, las vejaciones de que se hace objeto a la C.N.T. y la F.A.I., son nada si se piensa en lo que ocurriría de haberse liquidado la guerra favorablemente, o bien de haber sido satisfactoria la marcha de las operaciones militares. Las escasas victorias logradas en los frentes fueron siempre seguidas de fuertes presiones contrarrevolucionarias en la retaguardia. Ello permitía prever lo que hubiera sido para el anarquismo el fin victorioso de la guerra. Y sin embargo, «al triunfo de la guerra, máxima garantía de la revolución» se sacrificaba todo por el anarquismo. La colaboración, el desviacionismo circunstancialista, fué permanente durante toda la duración del drama.

Pero no termina con la pérdida de la guerra la sugestión circunstancialista. Al producirse la reorganización de las fuerzas confederales y anarquistas en España y en el



# LA REBELION DE CRONSTADT<sup>(1)</sup>

## *Cronstadt y la Revolución Rusa<sup>(2)</sup>*

La insurrección de los campesinos ucranianos—que tuvo su expresión máxima en el Makhnovismo—no había sido aun ahogada completamente en sangre, por las tropas del gobierno bolchevique, cuando Cronstadt, la ciudad que fué siempre la roca fuerte de la revolución, enarboló a su vez la bandera de la tercera revolución (3). Este nuevo hecho reafirmaba en su programa los principios de un sistema de «Consejos libres», al margen de la influencia sofocante generada por la supremacía de un partido que, con su obra, no había sabido hacer otra cosa que transformar aquellos órganos que podían ser los de la nueva sociedad, en un sistema burocrático que, desde sus inicios, había revelado los efectos nefastos que habría de originar.

Cronstadt era para el Norte de Rusia lo que Ucrania significaba para el Sur: un centro de efervescencia revolucionaria. Son los trabajadores y los marineros de Cronstadt quienes, entre los primeros rebeldes, empuñan la bandera de la revolución en febrero del 1917. Fueron ellos los que impulsaron al «Soviet» de Cronstadt—por entonces constituido en su mayor parte por los socialistas-revolucionarios y los social-demócratas (los maximalistas y los anarquistas no participaban aún en el soviet)—a oponerse a la política de ingerencia del gobierno de Kerensky que era el que regía por entonces. No se detuvieron ahí sino que, cuando les pareció que la actitud del Soviet local no era lo suficientemente enérgica, reclamaron nuevas elecciones para la constitución de otro Soviet de mayor confianza, en el que habrían de participar, en mayoría, representantes anarco-sindicalistas, bolcheviques y maximalistas.

La oposición firme a la política reaccionaria y guerrera desarrollada por el gobierno central kerenskiano, (con antelación a Octubre del 1917) lle-

vó a éste a adoptar una serie de medidas represivas, hasta el punto de declarar, que si Cronstadt no acataba sus órdenes (entre otras cosas se exigía la libertad inmediata de los oficiales zaristas, detenidos por los marineros) proclamaría la ley marcial e iniciaría las acciones militares pertinentes contra la población. Kerensky creía poder aniquilar por la violencia el impulso revolucionario de los habitantes de Cronstadt. Fué entonces, cuando la situación se fué agravando, que alguna de las unidades navales ancladas en el puerto de Cronstadt, enarbolaron la bandera de la resistencia y se dispusieron a la lucha. Ante esta actitud decidida los periódicos burgueses intentaron denigrar el espíritu y la acción revolucionaria de los marineros y comenzaron a escandalizar la opinión pública voceando que: «Cronstadt se separaba de Rusia declarándose república independiente»; que «Cronstadt emitía moneda propia»; que «Cronstadt negociaba con los enemigos de la patria para obtener la firma de una paz separada», etc.

En realidad los revolucionarios de Cronstadt querían impedir que las fuerzas reaccionarias entorpecieran el desarrollo de la revolución, por lo que trataban de hacer adoptar ciertas resoluciones capitales. La primera de todas habría de ser la de conceder «la tierra a los campesinos» y «las fábricas a los obreros». Y acto seguido habrían de otorgarse las garantías esenciales para que la revolución pudiera adquirir un mayor impulso hasta su desarrollo radical.

Y son también los obreros, los soldados y los marineros de Cronstadt, y no ningún partido, quienes organizan la gran manifestación armada frente al palacio de gobierno, el 4 de julio del 1917, desembarcando en las márgenes del Neva doce mil hombres en armas, que se dirigieron hacia el pala-

exilio, un importante sector de estos movimientos sigue proclamando «la persistencia de las mismas circunstancias producidas durante la guerra». Y aun a trueque de tener que afrontar las consecuencias de una dramática escisión, el anarquismo circunstancialista llega al extremo ridículo, bufonesco, de nombrar ministros en el Gobierno del exilio. Lo cual hace suponer que la sugestión circunstancialista persistirá con mayores motivos el día que se produzca el esperado cambio político en España, con lo cual el circunstancialismo habrá ya tomado carta de permanencia.

Las repetidas ofensivas revisionistas apuntan a este objetivo.

José PEIRATS

(1) Esta es la segunda parte del trabajo que Fedeli ha escrito como contribución al estudio de los acontecimientos y problemas de la Revolución Rusa (ver los números 9, 10, 11 y 12 de «Cenit»).—N.d.T.

(2) Cronstadt se halla situada en la Isla de Clotine, a 26 kilómetros de Petrogrado, a 7 de Orianembau, a 13 de Lissy-Nos y a 21 de Terlaki. Fué construida en el 1710 por Pedro el Grande para la defensa de Petrogrado.

(3) La primera, la que dió paso a Kerensky; la segunda, la de Octubre; la tercera, aquella que ansiaba liberar al pueblo ruso de todo yugo estatal, una vez comprobados los defectos del «Estado proletario».



cio al grito de «No tenemos nada que defender en los frentes, puesto que el poder económico se halla en manos de la burguesía»; «La unión libre entre las ciudades y los campos es la única garantía de la revolución triunfante»; «Todo el poder a los Soviets locales, constituidos por los representantes de los obreros, los campesinos y los soldados»; «Las fábricas a los obreros, las tierras a los campesinos»...

Las protestas del pueblo atemorizan siempre a los gobernantes, quienes, ante su propio pánico, se vuelven feroces y recurren al terror, a la masacre. En un día del mes de julio del 1917, se realizaba una manifestación a lo largo de la Perspectiva Liteiny. La policía de Kerensky había tomado posición en los techos de las casas, anticipándose al acto, parapetándose en los sitios por donde habría de pasar la manifestación. En un momento dado rompieron fuego, haciendo numerosísimas víctimas (entre las que se encontraban muchísimos anarquistas). Pasada la primera sorpresa, los manifestantes lograron rehacerse y atacar a su vez hasta dispersar a los asaltantes en vergonzosa derrota.

En aquellos momentos, las orientaciones de los bolcheviques oscilaban entre el deseo de una participación activa en la «Constituyente» y el de inclinarse por la afirmación del postulado opuesto, encarnado por la fórmula de: «Todo el poder al Soviet». Por el contrario, los anarquistas, fuertes ya en esta opinión en la región de Petrogrado, se declaraban en el plano nacional por un robustecimiento del Soviet local, en tanto que en el terreno de la acción internacional opinaban que: «En cuanto a la guerra—que se reproducía nuevamente como consecuencia de la política de Kerensky—no debían de abandonarse los frentes, que debían mantenerse pero sin atacar de ningún modo, es decir, a la defensiva. Si una vez derribado el gobierno quedando el Soviet como único poder constituido (cuando la tierra se hallara en posesión de los campesinos y las fábricas en manos de los trabajadores) las potencias imperialistas no aceptarían las proposiciones dimanantes del pueblo revolucionario y expresadas por intermedio de sus Soviets, y si por consecuencia no daban orden a las fuerzas invasoras de dejar libre y limpio el territorio ruso, se reiniciaría el ataque por la liberación del territorio» (4).

A pesar de todo, Kerensky, de acuerdo con los aliados, desencadenó una nueva ofensiva en todos los frentes.

El 6 de Octubre, cuando la guerra se había reiniciado con todas sus terribles consecuencias y en circunstancias en que Petrogrado se hallaba en mayor peligro que nunca, los representantes de la escuadra del Báltico adoptaron la siguiente resolución, que lanzaron por radio a «Todos los pueblos del mundo», en la que decían:

«¡Hermanos!... En la hora fatal en que las trompetas resuenan en signo de muerte, os enviamos nuestros saludos y el testamento dictado antes de morir. Nuestra escuadra, atacada por fuerzas ale-

manas superiores en número, sucumbe en una lucha desigual. Ninguna de nuestras unidades rechazará el combate. Ningún marino tocará tierra firme en la derrota. Estamos obligados a defender con decisión nuestro frente de combate y a vigilar las rutas que conducen a Petrogrado. Cumpliremos con nuestro deber, pero no bajo el mando de cualquier ridículo Bonaparte ruso. Nosotros no vamos a la lucha en virtud de los tratados convenidos entre nuestro gobierno y la Entente. Adoptamos el mandato sacrosanto dictado por nuestra conciencia revolucionaria. Nuestra lucha contra los invasores de nuestra patria nos otorga el derecho, ahora que nos hallamos cara a cara con la muerte, de invitaros, con voz autorizada, a la insurrección contra todos los opresores. Lanzamos nuestro llamamiento en los momentos en que las ondas del Báltico se tiñen con la sangre de nuestros hermanos y en que las negras y turbulentas aguas se cierran sobre sus cadáveres».

La guerra era solamente un juego de diversión, alimentado por parte del gobierno, para destrozarse por procedimientos represivos toda aspiración revolucionaria, aprovechándose de los momentos en que el peligro se cernía sobre todos. Pero, de la misma manera que en Ucrania los campesinos organizaban la resistencia contra el invasor, constituyendo formaciones de guerrilleros insurrectos, los marineros de Cronstadt se preparaban a combatir sobre dos frentes: contra los enemigos de fuera y contra los del interior que anidaban en el gobierno. Así fué que, cuando en su ceguera reaccionaria, éste trató de destruir antes que nada los Comités de soldados, Cronstadt reinició los preparativos para la insurrección:

«Cuando Kerensky, con el pretexto de reforzar el frente de Riga, decidió retirar de Cronstadt y de sus fuertes las piezas de artillería pesada, la indignación y la cólera de los marineros llegaron al colmo. Estos se daban perfecta cuenta de que éste género de artillería no podía ser de ninguna utilidad en el frente. Además, sabían que la flota alemana se preparaba para atacar Cronstadt y, por su parte, los marineros querían cerrarle el paso, cosa de todo punto imposible sin la artillería. No pudiendo admitir por parte de las personalidades del gobierno una semejante ignorancia de los hechos, estos veían, en la intención de desarmar a Cronstadt en las vísperas del ataque, una traición directa contra la revolución. Se hallaban ya definitivamente convencidos de que el gobierno de Kerensky había decidido sofocar la revolución apelando a todos los medios, sin excluir la entrega de Cronstadt y hasta de Petrogrado a los alemanes.

«Entonces, Cronstadt no vaciló más. Se realizaron reuniones secretas en los navíos, en las fábricas, en los frentes, a fin de elaborar un plan de revuelta y de resistencia. Correlativamente, al propio tiempo, decenas de marineros se apersonaban diariamente en Petrogrado para hacer el recorrido de las fábricas, de los astilleros y de los cuarteles, propagando abiertamente la insurrección» (5).

Llegamos así a las vísperas de la insurrección de Octubre, que debía derribar al gobierno de Kerensky sustituyéndole por los «Consejos de Obreros, campesinos y soldados».

En esta obra colosal, y particularmente en Petrogrado, «los marineros de Cronstadt, llegados a

(4) «Cronstadt, su significación en la Revolución rusa», de E. Yarchurck, pg 59. (Edición española, Barcelona 1927, Biblioteca «Vertice», 172 páginas.

(5) «La Revolución Inconnue», de Voline (ver página 419.)



la capital para tomar parte en la lucha decisiva, ejercieron un rol particularmente importante. Entre ellos los anarquistas se encontraron combatiendo en gran número, hallándose presentes, en-

tre otros, los propios miembros de las organizaciones libertarias de Cronstadt» (6).

Ugo FEDELI

(6) También en Moscú la participación de los anarquistas en la lucha de Octubre, contra Kerensky, fué inmensa. Véase «Represión del anarquismo en la Rusia Soviética» (hoy agotado, fué publicado por la Librería Social, en París, 1923, a cargo del grupo de los exilados rusos residentes en Alemania, con la traducción de Voline y una introducción de Andrés Colomer, 128 páginas). A través de una requisitoria contra el gobierno bolchevique a causa de la represión antianarquista, en la página 33 del citado libro se dice: «En Moscú, la misión más peligrosa y decisiva en las jornadas de octubre correspondió al famoso «Dvintzi», el regimiento que fué encar-

celado en los días de Kerensky por negarse a tomar parte en la ofensiva imperialista, en el frente austro-alemán. Alegando que los cadetes debían ser alejados del Kremlin, los «Dvintzi» se encontraron siempre en acción en los sitios más peligrosos de Moscú, como el «Metropole» y el propio Kremlin. Cuando los «cadets», reforzados de improviso, reemprendieron la ofensiva, les correspondió también reconquistar las posiciones. Todos ellos se llamaban anarquistas y combatían a las órdenes de los dos viejos libertarios, Gratchoff y Fedoroff. La Federación Anarquista de Moscú fué la primera en lanzarse al combate contra el gobierno de coalición».



El hombre es hostil a la fatiga y al sufrimiento. Sin embargo, está condenado por la Naturaleza al sufrimiento de la privación si no se toma la molestia de trabajar. Tiene que escoger entre dos males. ¿Cómo evitar ambos? Hasta aquí no ha encontrado, ni encontrará en lo sucesivo, más que un medio: vivir a costa del trabajo ajeno, hacer de modo que la fatiga y la satisfacción no incumban a cada uno según la proporción natural, sino que toda la fatiga sea para unos y todas las satisfacciones para otros. De ahí la esclavitud; de ahí también la explotación, sea cual fuere la forma que revista: guerras, imposturas, violencias, fraudes, etcétera. abusos monstruosos, pero consecuentes con el pensamiento que les dió vida. Se debe odiar y combatir a los opresores, pero no se puede decir que son absurdos.

La esclavitud va desapareciendo, y, por otra parte, nuestra propensión a defender nuestra hacienda hace que la expropiación directa y cándida no sea ya tan fácil. Pero continúa subsistente una cosa, y es la malhadada inclinación primitiva que tienen todos los hombres a hacer dos partes del lote complejo de la vida, endosando el trabajo a los demás y reservándose el ocio. Falta saber bajo qué nueva forma se manifiesta esta triste tendencia.

El opresor no obra ya directamente con sus propias fuerzas sobre el oprimido. No; nuestra conciencia se ha vuelto demasiado meticulosa para eso. Existe aún el tirano y la víctima; pero entre am-

bos se sitúa un intermediario, y éste es el Estado, es decir, la misma ley. ¿Hay nada más propio para acallar nuestros escrúpulos y, lo que es más de apreciar, para vencer las resistencias? Así, pues, con uno u otro título, con uno u otro pretexto, nos dirigimos al Estado, diciéndole: «Yo no encuentro que haya, entre mi trabajo y mis satisfacciones, una proporción que me satisfaga. Quisiera, para establecer el equilibrio deseado, tomar algo del bien ajeno. Pero esto es peligroso. ¿No podrías darme un buen empleo, o dificultar la industria de mis competidores, o prestarme gratuitamente capitales que tu quitarías a sus poseedores, o criar mis hijos a costa del público, o concederme primas de estímulo, o asegurarme el bienestar cuando tenga cincuenta años? Por este medio conseguiré mi objeto con toda tranquilidad de conciencia, pues la misma ley habrá obrado por mí y tendré todas las ventajas de la expropiación sin correr sus riesgos ni hacerme odioso».

Siendo cierto que, por un lado, todos dirigimos al Estado una petición parecida, y que, por otro, está probado que el Estado no puede procurar la satisfacción de unos sin recargar el trabajo de otros, en espera de una mejor definición del Estado, me creo autorizado a dar la mía. Héla aquí:

El Estado es la gran ficción mediante la cual «todo el mundo» procura vivir a expensas de «todo el mundo».

F. BASTIAT



## EN MEMORIA



# ALFONSO MARTINEZ RIZO y la epopeya cantonal

Desde el interior de España acaban de anunciarnos la muerte de Alfonso Martínez Rizo. Para la joven generación libertaria formada en el exilio es posible que este nombre sea desconocido. Lo era para la veterana militancia anarquista española antes del segundo periodo republicano abierto el 14 de abril de 1931. Es a partir de esta época que empiezan a conocerse los trabajos de divulgación científica de este hombre de ciencia llegado al anarquismo como se acercaron otras destacadas personalidades de las letras y del laboratorio, tales como Isaac Puente, Gonzalo de Reparaz, Alberto Cursi, Comas y Solá, estos últimos ya avanzado el periodo revolucionario abierto con el 19 de Julio.

El ingeniero Martínez Rizo inició su obra de divulgación popular de una forma independiente a través de una serie de folletos monográficos sobre los motivos más sobresalientes de la época. Versaban estas monografías sobre el nacionalismo, el fascismo, el comunismo, el anarquismo, el sindicalismo, el marxismo, etcétera. Seguidamente inició una serie de colaboraciones sobre trabajos científicos en las páginas de la prestigiosa revista valenciana «Estudios». Al surgir en los medios anarquistas españoles la preocupación por los aspectos constructivos de nuestras ideas, movimiento encabezado por el doctor Isaac Puente, Martínez Rizo, como Eusebio C. Carbó e Higinio Noja Ruiz, da a conocer en nuestras publicaciones sus propios puntos de vista sobre las posibilidades económicas de nuestro país relacionadas con el supremo objetivo revolucionario del anarcosindicalismo ibérico: el comunismo libertario. Sin embargo, el fuerte de Martínez Rizo son los temas de divulgación científica. Su demostrada preparación en este dominio y su persistente trabajo en este sentido fué de un interés fundamental para la preparación cultural del gran movimiento proletario y popular influidos por el anarquismo. No hay más que repasar las colecciones de nuestras publicaciones de aquella época, desde los trágicos albores de la República hasta el final de la revolución y de la guerra, para juzgar del talento y profundo amor al pueblo de Alfonso Martínez Rizo, quien, como López Montenegro, supo trocar los hábitos militares por la modesta y civil indumentaria del militante revolucionario.

Otro de los distintivos brillantes de Martínez Rizo fué su valiosa cooperación en el frente de Huesca, enrolado en la Columna Ascaso—después Columna Roja y Negra—en la que cumplió durante cerca de un año el triple papel de miliciano, técnico militar y cronista o corresponsal de nuestra prensa.

Los achaques propios de la edad tuvieron que restituirle a la retaguardia, donde hasta el final de nuestra epopeya reemprendió el trabajo de divulgación en que se había calificado como maestro. Pero a estos últimos méritos hay que agregar uno más.

Como consecuencia del desastre militar de 1939 y del paso al exilio de cerca de medio millón de antifranquistas, habíamos perdido contacto con este querido compañero. Las condiciones físicas no permitieron a Martínez Rizo seguirnos al grueso de la militancia por los infaustos derroteros

del destierro. Quedó allí, en España, dispuesto a seguir la suerte de tantos otros, la de Mauro Bajatierra y Barriobero. Y ya le dábamos por desaparecido cuando por propia iniciativa nos señaló su presencia en Cataluña, manifestándonos al mismo tiempo su firme predisposición de cooperar, con arreglo a sus posibilidades en el derrocamiento de Franco. Una ininterrumpida serie de trabajos periodísticos le han sido publicados en la prensa del exilio, particularmente en el paladín juvenil «Ruta», bajo los más diversos seudónimos. La interrupción de esta labor se ha producido con su muerte, a los 74 años de edad, que al arrebatarnos a un excelente compañero de lucha y de pensamiento nos ha dejado intacta la emoción de su recuerdo.

Hemos hecho un parangón entre Alfonso Martínez Rizo y López Montenegro. Ambos fueron militares y acabaron en anarquistas. Ambos abandonaron una posición exenta de inquietudes económicas por la azarosa vida de sacrificios del militante revolucionario. Ambos rectificaron a tiempo una vida y carrera equivocadas para reivindicarse plenamente con sus servicios prestados al pueblo. Ambos utilizaron los conocimientos que habían adquirido para fines de destrucción para volcarlos donosamente en favor de la causa de la libertad.

Como homenaje al emocionante recuerdo que deja en nosotros la desaparición física de Alfonso Martínez Rizo, publicamos, sobre uno de los movimientos populares más característicos de nuestra historia, el «cantonalismo», las líneas que se seguirán.



CUANDO ocurrieron los sucesos que voy a narrar, aun no había nacido yo, pero me encuentro intimamente ligado a ellos por cuanto yo soy «hijo del Cantón». Efectivamente: nací en enero del 77 y mi padre salió del Penal de Cartagena, a punto de ser deportado a las Carolinas, en la primavera del año anterior. Surgió mi vida del abrazo que se dieron mis progenitores al volver a reunirse en el hogar familiar tras de cerca de dos años de separación, obra de la represión monárquica contra cuantos más o menos directamente habían intervenido en el movimiento cantonal.

Mi padre era un honrado y consecuente republicano federalista de toda la vida. Como los días vienen uno tras otro indefectiblemente, llegó el 11 de febrero de 1873 y en las Cortes fué leída la abdicación de la corona presentada por el rey Amadeo, y las Cortes proclamaron la República por 319 votos contra 32. Los 32 eran los enemigos de la República sinceros y honrados. Muchos de



los 319 fueron emitidos por enemigos de la República que la votaron pensando en apoderarse de ella, desvirtuarla y terminar lo antes posible definitivamente con su vida.

Mi padre, el ciudadano Isidoro Martínez Rizo, fué primero concejal encargado de Consumos, lo que le acarreó enconadas enemistades de los comerciantes matuteros, tan ricos y poderosos como «púnicos» y cínicos. Más tarde fué diputado provincial y estos cargos los ocupaba a regañadientes por temperamento y convicciones. Frente a él estaba don José Prefumo, republicano centralista de los que veían en la Federal un «peligro social». Mi padre, que únicamente ambicionaba el triunfo de sus ideales, aunque era el presidente del Club de los Amigos de la Libertad, o Club de la Calle de Jara, dueño mayoritario de la población y preparador del movimiento cantonal, indignado por la campaña de calumnias propaladas por Prefumo y los suyos, para demostrar que no le animaba la ambición se separó de la política activa dos o tres días antes de ser proclamado el Cantón Murciano. Pero continuó en Cartagena mandando dos compañías de milicianos federales y sufriendo los rigores del asedio.

Precisamente la lucha entablada entre centralistas y federalistas giraba en torno a un postulado o principio ideológico que es fundamental para nosotros y cuya defensa entusiasta por parte de aquellos federalistas los califica indiscutiblemente como los precursores de los actuales comunistas libertarios. Tal postulado rechazado de plano por los centralistas era «el mandato imperativo» para los diputados elegidos, quienes en las Cortes no podrían defender sus opiniones particulares, sino única y exclusivamente los acuerdos de sus electores, la que podría discutirlos en cualquier momento. Este es precisamente el punto fronterizo correspondiente al hecho diferencial que separa a parlamentarios y plebiscitarios. Con el mandato imperativo, las Cortes de aquellos federalistas hubieran sido idénticas a nuestras asambleas nacionales.

La flamante República Española vivió unos primeros días muy accidentados. Atravesó el 24 de febrero el intentado golpe de Estado de Cristiano Nartos y la suspensión de las sesiones de la Asamblea Nacional el 23 de marzo. Después pasó por el 23 de abril con otro intento de los amadeístas que se habían sumado al espadón del general Pavia, más borracho que el actual charlatán de Sevilla (1). El 1.º de junio se reunieron las Cortes Constituyentes, a las que el fracaso del 23 de abril había dado cohesión republicana y que aprobaron el acuerdo de transformar a España en «República Federal», aunque esto era solamente de palabra, como lo fué lo de «República de Trabajadores», y, pocos días después, el Presidente del Poder Ejecutivo Estanislao Figueras abandonó su cargo sigilosamente y desapareció de Madrid. La política se le había indigestado y hubo de ser substituido por don Francisco Pi y Margall, el hombre de hielo, como decían de él sus contemporáneos, jefe de los federalistas. El 10 de junio intentó sublevarse el capitán general de Madrid, Socías. Es de notar que todos los intentos de asesinar la Re-

pública fueron vencidos por la energía del gobernador de Madrid, capitán don Nicolás de Estébanez. El 28 de junio forma Pi y Margall un Ministerio del que excluye a todos sus partidarios y a primeros de julio se retiran del Parlamento los federalistas para llevar la reivindicación de sus derechos al terreno de la lucha viril. La República Española debía ser federal según voto de las Constituyentes y deseos de la mayoría de la nación.

Granada estaba ya sublevada a favor de los federalistas. Cataluña actuaba de hecho como Estado independiente y los oficiales del Ejército eran acogidos por los soldados con gritos de «¡Que baile!». Carvajal recorría toda Andalucía al frente de un gran contingente de Milicianos Federales. Siguen las sublevaciones de Málaga, Córdoba y Sevilla y continúan la de San Lúcar de Barrameda, Alcoy y Cádiz. Por fin, el día 12 de julio de 1873, 65 años y siete días del 19 de Julio de 1936, es proclamado en Cartagena el Cantón Murciano autónomo e independiente, pero dispuesto, por voluntad propia a federarse con los demás Cantones Autónomos de España para formar el Estado Cantonal Español.

Proclamado el Cantón Murciano que había de resistir heroicamente una lucha denodada por los ideales defendidos, fué nombrada la siguiente Junta de Gobierno: Ciudadano Presidente, Pedro Gutiérrez de la Puente; vicepresidente, José Banet; vocales, Pedro Roca, José Ortega, Juan Cobachos, Pablo Meléndez, Francisco Ortuño, Pedro Alemán, Juan José Maculé y José García Torres; secretarios, Francisco Minguéz Trigo y Miguel Moya.

Este mismo día llegó el diputado constitucional Antonio Gálvez, «Toñete Gálvez» como le decía la gente, huertano de Murcia de pura cepa popular, hombre inculto pero de grandes dotes morales, de energía y de inteligencia natural. Ya había estado en Cartagena el día 25 de febrero y había sido llevado en hombros por una multitud entusiasta a través de la población hasta la casa del ciudadano Estebán Nicolás Eduarte, donde se alojaba. Y el día 12 de julio, al incorporarse a la lucha en defensa del cantonalismo en la ciudad de Cartagena, es nombrado comandante general interino del Cantón, siendo elegido para segundo jefe Cristóbal García, comandante retirado de Infantería de Marina.

El día 13, la Junta Cantonal dirige una alocución al pueblo y se presenta en Cartagena el general Contreras, procedente de Cataluña, dispuesto a asumir la dirección técnica de las operaciones militares y que como superior jerárquico conmina al brigadier Guzmán, comandante militar de Cartagena, para que entregue la plaza y castillos, a lo que accede Guzmán tras de muchas vacilaciones firmando las órdenes para que al día siguiente fueran relevadas las guarniciones militares de la plaza por fuerzas del Batallón de Móviles y Voluntarios de la Libertad.

Por la noche llega de incógnito el ministro de Marina, señor Anrich, hijo de Cartagena, y penetra sigilosamente en el Arsenal. Al día siguiente tiene que abandonar Cartagena sin haber logrado convencer a los marinos para que se opongan a la sublevación, adheriéndose al movimiento revolucionario las fragatas «Almansa», «Numancia», «Méndez Núñez», «Vitoria» y «Tetuán»; los vapores «Fernando el Católico» y «Vigilante» y la corbeta «Ferrolana», así como el Arsenal y las dependencias de Marina.

(1) Alusión a Queipo de Llano. Este trabajo de Rizo fué publicado en 1937.



En la tarde de este día 14 de julio entró sublevado en la plaza el Regimiento de Iberia, que el Gobierno había enviado a Cartagena al mando del coronel Pernas para embarcar con rumbo a Málaga para combatir la sublevación cantonal de dicha plaza.

Por la noche, tras de ser despojado de su autoridad, salió de Cartagena el ex-gobernador militar brigadier Guzmán que no quiso sumarse al movimiento cantonal.

Empiezan a circular en Cartagena rumores alarmistas sobre los propósitos del Gobierno de Madrid de enviar contra el Cantón Murciano grandes contingentes de tropas y los asustadizos comienzan a escapar hacia los campos durante los días 15 y 16 de julio, teniendo la Junta Cantonal que prohibir la salida de hombres de la población. Por la noche del día 16 se opera una reacción entre las clases acomodadas en vista de las noticias que llegan de Madrid y casi se terminó el éxodo. Por la mañana se llegó a pagar a los cocheros: por un viaje a Fuente Alamo, 32 duros; a San Javier, 50; a la Pinilla, 80 y 30 a La Palma.

El día 17, la Junta pide a los contribuyentes que adelanten el importe de un trimestre de las contribuciones que venían obligados a pagar y se solicitan recursos a la provincia por la misma Junta. El 18 de julio, Pi no se decide a emplear la fuerza contra sus correligionarios y dimite. He oído decir varias veces que un hombre tan digno y tan recto como Pi y Margall, contaminado por la política, llegó hasta hacer bombardear a los federales en Cartagena. No es cierto, pero la política le obligó a realizar muchas tonterías, como la de excluir a los suyos de formar parte del Gobierno, dificultando así que fuera un hecho el acuerdo constituyente de que España fuese una República Federal.

Ya tenemos a toda España ardiendo en ansias liberadoras federales, Andalucía, Murcia, Valencia, Cataluña y otros pueblos de Castilla y hasta de León, mientras en el Norte y en Navarra, donde el clericalismo tiene hondos raíces, se levantan los carlistas en armas, y mientras las clases conservadores que representan los intereses bastardos del capitalismo, tras de engañar a Pi y Margall, logran también engañar a Salmerón, al frente del nuevo Gobierno y se preparan a adobar el triunfo contra los anhelos del pueblo explotando la idiotez de Castelar, que actúa de Gil Robles, pero no con malicia, sino borracho de anhelos de mando y opio del llamado orden.

Y en toda España va venciendo al movimiento cantonal el Gobierno centralista de Madrid, utilizando los resortes que el Poder pone en sus manos, menos en Cartagena, plaza fuerte guarnecida por unos bravos conscientes de los deberes históricos, puestos entre sus manos, dirigidos por excelentes técnicos militares y en preparación para escribir una página gloriosa en la historia del revolucionarismo español.

Y van afluyendo a Cartagena todas las personalidades conspicuas del federalismo y todos deciden vencer o morir... Los cantonales se juzgaban dueños del mar. El mismo día 18 de julio, mientras dimítia Pi y Margall y se encargaba del Poder Nicolás Salmerón, salía del puerto de Cartagena el vapor «Fernando el Católico» con rumbo a Mazarrón y a Aguilas con instrucciones de las autoridades cantonales. El día siguiente, 19 de julio, entró sublevado contra los centralistas el Batallón

de Cazadores de Mendigorria al mando de su jefe, teniente coronel, natural de Cartagena, don Pedro del Real.

El año 1910 conocimos en Melilla al coronel don Pedro del Real, ya muy aviejado y cansado de incontables persecuciones sufridas por su cantonalismo, a pesar de haberse acogido a la amnistía concedida más tarde a cuantos intervinieron en los sucesos cantonales. Llevaba 34 años de coronel de infantería ocupando muchísimos años el número uno del escalafón de coroneles, postergado sistemáticamente por su republicanismo. Tal vez con la única excepción del antediluviano general Weiler, cuantos el año 10 ejercían mando sobre él habían sido anteriormente sus inferiores y subordinados. Y todos se dedicaban a vejarlo y a mortificarlo para hacerle así pelotillas a S. M. El general Marina reunía en su despacho Junta de coroneles y le endilgaba a Perico del Real una filípica inculcable por lo grosera e injusta. Pero nuestro hombre se encontraba ya curtido y sabía ser sordo de conveniencia, y cuando el general Marina terminaba de ponerle de vuelta y media, en voz baja de sordo que se oye en todas partes, le preguntaba a su vecino: «¿Qué ha dicho?». Un par de años después, poco antes de morir, ascendió, por fin, a general de brigada, cuando ya los republicanos históricos eran una birria solo adecuada para hacer reír.

El día 20 salía de Cartagena la fragata «Vitoria» con rumbo a Alicante, llevando a su bordo a Tónete Gálvez y al coronel Pernas, llegando el mismo día a la plaza varios personajes federales como los diputados a Cortes Carvajal y Araus. El 21 pasó el general Contreras en el Arsenal revista a las fuerzas cantonales y se aseguró que había llegado clandestinamente una elocución de Prefumo condenando el movimiento. El día 22 llegan noticias de que el Gobierno de Madrid había declarado piratas los barcos al servicio de los cantonales. Regresó de Alicante, que quedó sublevado, la fragata «Vitoria», acompañada por un vapor apresado en aquel puerto, mientras el Gobierno de Madrid nombraba al general Martínez Campos, capitán general de Valencia y general en jefe del ejército de operaciones contra el cantón murciano. Este día aparece el primer número de «El Cantón Murciano», periódico declarado por la Junta Cantonal su órgano oficial.

El día 23 empieza la farsa equivalente a la actual «no intervención», y una fragata prusiana, de acuerdo con la declaración de piratas hecha por los centralistas, apresa el vapor «Vigilante», en el que iba Antonio Gálvez, dejando a éste y a la tripulación en libertad, pero conservando prisionero el barco.

El día 24 la Junta Cantonal replica a la declaración de barcos piratas declarando traidores a la patria a los ministros del Gobierno de Madrid. También decreta la creación de un Directorio Provisional de la República Federal Española, compuesta de los ciudadanos Juan Contreras, Antonio Gálvez, Eduardo Romero Germes y los delegados que nombren los demás cantones. Por la tarde salen de Cartagena fuerzas del Mendigorria y Móviles a pronunciar a Lorca en favor del Cantón Murciano.

El 26, por Decreto del Directorio Provisional de la Federación Española en Cartagena, entran a formar parte de él los ciudadanos Alberto Araus,



diputado por Aragón; Félix Ferrer y Mora, mariscal de campo del Cuerpo de Ingenieros; Nicolás Calvo Gauyiti, miembro de la Junta de Salud Pública de Madrid; Alfredo Sauvalle, diputado del Cantón de Murcia, diputado elector por Almansa. El 27 llegó a Cartagena el conocido propagandista Roque Barcia, hombre notable que sobre una cultura general enorme tenía algo de profeta bíblico, de romántico a lo Víctor Hugo y de Jesús de Nazareth, a quien se parecía por la figura y por sus sermones llenos de parábolas. Se sabe que Lorca ha proclamado el Cantón a la llegada de la columna y, entre tanto, huye mucha gente de Cartagena temiendo las consecuencias que puede traer la falta de avenencia en las negociaciones entabladas entre las autoridades cantonales y el jefe de la escuadra prusiana.

El día 28, último día del plazo señalado por la escuadra prusiana para que los cantonales desistan del empleo de los buques de guerra españoles, sale el general Contreras con las fragatas «Vito-

ria» y «Almansa» en actitud de combate y la prusiana «Federico Carlos» cruza al largo sin hostilizarlas. Este día queda nombrado el Gobierno cantonal en la siguiente forma: Presidencia y Marina, general Contreras; Guerra, Ferrer; Ultramar, Antonio Gálvez; Hacienda, Sauvalle; Fomento, Romero Germes; Gobernación, Alberto Araus; Gracia y Justicia e interino de Estado, Nicolás Calvo Guayti. Por la salida de Contreras queda encargado de la Presidencia, provisionalmente, Roque Barcia. El 29 salió Antonio Gálvez al frente de una columna con finalidad desconocida. El 30 fué nombrado comandante de Artillería de la plaza el coronel de dicha Arma, Pablo Marín Ferrellé. El 31 finalizó el mes con el regreso de Gálvez y su columna tras haber sorprendido y derrotado en Orihuela a algunas fuerzas de la Guardia civil y carabineros al mando del brigadier Piñero, comandante militar de Alicante.

**Alfonso MARTINEZ RIZO**



El Estado mata. Es homicida, es asesino. Mata con premeditación, con alevosía, con ensañamiento. Mata por instrumento de mano mercenaria. Mata sin pasión, sin obcecación, sin arrebato; por conveniencia, por egoísmo, por cálculo. Mata con escándalo, en público, jactándose de ello.

El Estado roba. Gasta lo que se le antoja, y para pagar sus deudas mete mano sin tasa en la bolsa del contribuyente. Si el dinero ajeno no basta para satisfacer a sus deudores, no les paga y en paz Perpetra periódicamente quiebras fraudulentas. Vive en grande a costa ajena. Arruina a la nación, consciente, deliberadamente, tranquilo, con la sonrisa en los labios.

El Estado juega. Es empresario, es banquero es «croupier», es gancho. Sostiene una gran «timba» nacional, de la cual saca no poco provecho. Juega con ventaja, asegurando la ganancia. Y es lo bueno que tiene estancado el juego, como el homicidio, como el despojo. Sólo él puede hacer aquello que prohíbe a los particulares. Quiere el monopolio de los delitos. No admite competencia.

El Estado huelga. La ociosidad, madre de todos los vicios, es su predilecta. Ofrece a la pereza el holocausto del tiempo. Su vida es un bostezo. Entre santos civiles y eclesiásticos, esteros y desesteros, Pascuas, Navidades, carnavales y veraneos, ha convertido la mitad de los días del año en fiestas de precepto. La otra mitad la consagra al descanso. Sólo que, al revés de lo que pasa con los anteriores vicios de los cuales se reserva la exclusiva, pretende generalizar la holganza e imponer, bajo graves penas, la observancia del ocio.

El Estado obliga a todo Dios a jurar en vano el santo nombre del mismo. Jura el monarca, jura el ministro, jura el senador, jura el diputado, jura el testigo, jura el jurado. Es un jurar y un per-

jurar continuo. Si hay quien, siguiendo las enseñanzas del Cristo, rehusa quebrantar el segundo mandamiento, los tribunales le sientan la mano, «considerando» que la ley de Enjuiciamiento criminal es derogatoria del Decálogo.

El Estado... Pero ¿a qué seguir? Si la mar fuera de tinta y el cielo de papel doble, no se podría escribir todo lo que de malo hace el Estado. Más breve sería proceder por exclusión, y enumerar los delitos, infracciones o pecados que deja de cometer. No deshonra a sus padres, porque no los tiene. No es bigamo, porque no puede contraer matrimonio. Por la misma razón no es adúltero, ni desea la mujer de su prójimo. Tampoco codicia las cosas ajenas, porque se suele quedar con ellas.

De todos los pecadillos a que se entrega ese gran tuno abstracto y colectivo, ninguno hay que le domine como el feo vicio de la mentira. ¡Qué mentir, cielos divinos! Comparados con el Estado, Manolito Gázquez o el protagonista de «La verdad sospechosa» son verdaderos dechados de veracidad. En la vida oficial es mentira todo: mentira el pacto constitucional, mentira las ficciones legales del sistema, mentira la ley fundamental del Estado, mentira la «Gaceta», mentira la representación parlamentaria, mentira los votos de la mayoría, mentira el «Diario de Sesiones», mentira las promesas, mentira los programas, mentira la adhesión, mentira la disciplina, mentira la ley, mentira el presupuesto... Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval, académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, bursátil, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, alimenticia... El Estado entero es una gran mixtificación, un colosal «infundio».

**Alfredo CALDERON**



## Un reportaje de hace sesenta y cuatro años

# JOSE MARTI, *testigo de la época,* Chicago se ocupa del crimen de

Mártir de la libertad de Cuba, José Martí, pensador y poeta, es bien conocido de las generaciones actuales. Hombre calmado y seguro, observador sereno y preciso, hallábase en Estados Unidos cuando cinco campeones de las Ocho Horas fueron sacrificados y otros tres condenados a largo cautiverio. Seguramente el lector observará, en el trabajo de Martí, una dureza de trato hacia los héroes que tanta simpatía y emoción supieron despertar en las capas proletarias e intelectuales de todo el orbe. Pero ello no es malquerencia, sino asombro del idealista práctico que no llega a comprender cómo unos idealistas de lo lejano consuman tan vorazmente sus existencias en el presente. José Martí no era anarquista, y tal parece que se esfuerza en no querer comprender a los anarquistas, siendo así que tras inútiles intentos consumados para minimizar la personalidad de los mártires de Chicago, la pluma se le va tras el motivo y se le desenfrena y sublimiza hasta dejarlo quintaesenciado. José Martí, pensador y poeta, futuro mártir a su vez de las libertades de Cuba, no podía proceder de otra guisa.

Lean ahora nuestros lectores, y se percatarán de que, tras haber catado innumerables e iguales lecturas relatando el evocador y significativo drama de Chicago, en la información de José Martí hallarán, en el mismo tema, novedad, profundidad, y belleza de estilo.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita, que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimidó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga; acusados de haber puesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte de seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador de nuestro siglo y del mundo nuevo, y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya no cabe intercesión. Ya, en danza horrible, murieron

dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos. Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia en los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres, aventó su vida con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

o o o

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado su pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez. Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada. Los inmigrantes europeos denuncian, con renovada ira, los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria. Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. «Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos». «No he tenido trabajo este invierno, porque pertenezco a una junta de obreros.» El juez los sentencia. La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina. Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas. ¡América es, pues, lo mismo que Europa!

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para el porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, a alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a plantar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma pedían esto en Chicago, los obreros, combinábanse los capitalistas, castigándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego, la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gentes mal vestidas; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.



Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas, o llevaba, lejos de sí la palabra encendida.

Spies, el director del «Arbeiter Zeitung», escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía; la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre; durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin, como Parsons en el «Alarm», el modo de organizarse para hacerla triunfar. Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso, fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía en la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbido de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán; y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acaba de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al coche, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba como carcaj de fuego.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra: él a la cabeza de una compañía, él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar; él en el sótano, las noches de ejercicio, «para cuando llegue la gran hora»; él con su «Anarchist» y sus conversaciones acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento; él sólo era puro, el imaculado, el digno de ser oído.

¿Y Ling? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud; sino que, criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tanhauser y Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo?

Ling, el recién llegado, odiaba con terquedad de novio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso; Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aún en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaba la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Ling, veían su jefe propio. Engel, contento de verse en guerra con el Universo, media su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular, creía, prendado de su patria, cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Fielden, que ve levantarse, confuso y temible de un mar a otro de los Estados Unidos la clase trabajadora, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: «Sí, amigos; si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora.»

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo al frío, con la fuerza de la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros repartidos por toda la república, demandar a las fábricas que no excediese el trabajo de las ocho horas legales. En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistaba el fusil de motín la policía, y no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentar su demanda. En masa, como la orden de los caballeros del trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfal del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de Mc Cormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fué llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo. Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde, sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos; el que habla es Spies. Primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y exclaman: «¡Ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!» Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies? ¡Arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas; vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un coche de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellán; saltan del coche, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre, que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba, acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en los barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que



no triunfe nuevamente el enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

o o o

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿Juntarse a los anarquistas? ¿Escribir Spies un relato ardiente en el «Arbeiter Zeitung»? ¿Reclamar Engel la declaración de que aquélla es por fin la hora? Y de la imprenta del «Arbeiter» salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket, a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba, en bravo arranco, si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo, nótese que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano calle arriba. Llega a la tribuna; intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores. «¿Qué hemos hecho contra la paz?», dice Fielden saltando del coche; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vió descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra, húndese el proyectil cuatro pisos en su seno; caen rugiendo unos sobre otros los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten. «Huimos sin disparar un tiro», dicen unos; «Apenas intentamos resistir», dicen otros; «Nos recibieron a fuego raso», dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos.

¿Pintar el terror de Chicago y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton. ¡Abajo la horca, las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta. A Fielden, herido, le sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Ling, de su cueva. Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

o o o

¿El proceso? Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio. El fué quien dijo, y desdijo luego, que vió a Spies encender el fósforo con que prendió la mecha de la bomba. Lo que sí se probó con prueba plena fué que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fué que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el Tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina van Zandt, que, prendada de la arrogante hermosura y del dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el umbral de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso, llevó a la reja, día sobre día sor a la defensa, la autobiografía breve y soberbia de su desposado, y se fué a echar de rodillas a los pies del gobernador. ¿El proceso? Los siete fueron condenados a la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por ex-

plicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La suprema corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor que pidió antes castigo, que los gremios obreros de la república envían a Chicago sus representantes, para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso?

«¡No!», grita un jefe de la policía a Nina van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia, sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que, a uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por sus vidas, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. «Señor—dice un obrero—, ¿condenaréis a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación a un niño obrero?»

o o o

Allí está Ling tendido vivo, despedazado, la cara en un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja; se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y le llevó la cápsula la barba; lo cargan brutalmente, lo dejan caer en el suelo del baño; cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los jirones de carne caída se le ve la laringe rota, y como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas, cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintada de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con el fusil al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclados de vez en vez a un repique de llaves, por sobre el silencio que golpea incesante del telégrafo que el «Sun» de Nueva York tenía establecido en el mismo corredor, y culebreaba, refía, se desbocaba imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos esos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. «¡Oh, las cuerdas son buenas, ya las probó el alcaide!» «El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa.» «La trampa está firme, a unos diez pasos del suelo.» «No; los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente; muy decente.» «Sí: la milicia está a mano, y a la cárcel no se dejará acercar a nadie.» «De veras que Ling era hermoso.» Risas, tabaco, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo, chiporrotean, cocean, boquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira el cadalso un gato... ¡Cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante en seguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis,



recitaba «El tejedor», de Henrich Heine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los brazos en alto:

Con los ojos secos, lúgubres y ardientes,  
Rechinando los dientes,  
Se sienta en su telar el tejedor:  
Germani; vieja, tu capuz zurcimos.  
Tres maldiciones en la tela urdimos.  
¡Adelante, adelante el tejedor!

Maldito el falso Dios que implora en vano.  
En invierno tirano  
Muerto le hambre el jayán en su obrador.  
¡En van fué la queja y la esperanza!  
Al Dios que nos burló guerra y venganza.  
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso  
Cuyo pecho orgulloso  
Nuestra angustia mortal conmovió!  
¡El último doblón nos arrebató,  
Y como a perros luego el rey nos mata!  
¡Adelante, adelante el tejedor!

Maldito el falso Estado en que florece,  
Y como yedra crece  
Vasto y sin tasa el público baldón;  
Donde a tempestad la flor avienta  
Y el gusano con podre se sustenta.  
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mía!  
¡Corre bien noche y día,  
tierra maldita, tierra sin honor!  
Con mano firme tu capuz zurcimos,  
Tres veces, tres, la maldición urdimos:  
¡Adelante, adelante el tejedor!

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundido en las palmas el rostro envejecido. Muerto lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar, Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos como quien va a emprender el vuelo.

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó a empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que hade dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaldía! «Porque—responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándolo de lleno en los ojos—creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo más que a mi vida misma la causa del trabajador, y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta».

¡Pero, Engel, ahora que ya son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiembles, Engel? «Temblar porque me han vencido aquellos a quienes yo hubiera querido vencer? Este mundo no me parece justo; yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo: ¿qué me importa que mi muerte

sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra vivir cuando puede morir por ella?» «No; alcaide; no quiero drogas; quiero vino de Oporto.» Y uno sobre otro se bebe tres vasos.

«Sí, alcaide—dice Spies—, beberé un vaso de vino del Rhin.» Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de «La Marsellesa», que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons, a grandes pasos, mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías.

Salen de sus celdas al pasadizo angosto. «¿Bien?» «¡Bien!» Se dan la mano, sonríen, crecen. «¡Vamos!» Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas; les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; les echan sobre la cabeza, como la rúbrica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca. ¡Abajo, la concurrencia, sentada en hileras de sillas delante del cadalso en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levantara la horca; delante va el alcaide, pálido; al lado de cada reo marcha un carcelero.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza; el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que le oyen les entra en las carnes: «La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pudiera decir yo ahora.» Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: «¡Este es el momento más feliz de mi vida!» «¡Hurra por la Anarquía!» dice Engel, que había estado moviendo bajo su sudario hacia el alcaide las manos amarradas. «Hombres y mujeres de mi querida América...», comienza a decir Parsons. Una señal, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa; Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar el nudo del cuello entero, estira y encoge las piernas, muere; Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga. Spies, en danza espantable, cueлга girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborilea; al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

ooo

Dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja; muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas. Chicago, asombrado, vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío, un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos detrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirios y claveles; los de Engel y Ling, envueltos en banderas rojas; y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto; y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo; seis



mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capellán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres: «¿Qué es la verdad—decía en tal silencio, que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso—, qué es la verdad, que desde que el Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con su muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia; ¡oh, cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!»

De las tinieblas que a todos envolvían, cuando del estrado

de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: «¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!» La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombre inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra; como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre envuelta a sus hogares. Y decía el «Arbeiter Zeitung» de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: «¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices; pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia; seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!»

José MARTÍ



El Estado, políticamente entendido, es decir el Estado sin más, coincide, como sabemos, con el Gobierno; y es una relación de autoridad y consentimiento que tiene frente a sí como enemigos, y trata como a tales, a aquellos que no la aceptan o tratan de cambiarla. Estos son declarados, según los casos traidores, rebeldes, conspiradores, indeseables y enviados a la muerte, a las prisiones, al destierro, y de otras maneras perseguidos y castigados. Y por la tendencia que tiene y debe tener esa relación política, o sea esa ordenación estatal, a conservarse, son además de eso vigilados y tenidos por sospechosos todos los espíritus libres e indóciles, y hasta los críticos y pensadores que, teniendo a la vista lo eterno, van siempre más allá de lo existente y del presente. Los gobernantes, alternando las intimidaciones con las lisonjas procuran hasta conseguir la amistad de esos hombres y ganárselos; y los más diversos regímenes se rodean de «literatos» y, como se dice ahora, de «intelectuales», que luego, por cuanto llegan a ser dóciles y se prestan a los servicios del Estado y a elaborar teorías y poemas útiles al Estado, no pueden ser, como es fácil imaginar, más que poetas e intelectuales de cualidades poco finas. Para los de buena casa y fino temple, para los indóciles, para los atormentadores y perturbadores de sí mismos y de los demás, para los tentadores y reductores de almas, el poeta de los poetas ha puesto en boca del político la frase: *He thinks too much: such men are dangerous*; y un teórico ha formulado la sentencia: *Omnis philosophia, cum ad communem hominum cogitandi facultatem revocet, ab optimatibus non iniura sibi existimatur pernicio*.

Pero la vida moral abarca en sí a los hombres de gobierno y a sus adversarios, a los conservadores y a los revolucionarios, y a éstos quizá más que a los primeros, porque mejor que los otros abren las vías del porvenir y procuran el progreso de las sociedades humanas. Para ella no hay más reyes que aquellos que no se han elevado todavía

a la vida moral y muchas veces elogia, y admira, y ama, y celebra a los rechazados del gobierno, a los condenados y a los vencidos, y los santifica mártires de la idea. Para ella todo hombre de buena voluntad sirve a la causa de la cultura y del progreso a su manera y todos en concordia discorde.

Concebida la «moralidad» como «estado ético» e identificado éste con el Estado político o «Estado» a secas, se llega a la concepción (que no eluden los teóricos de esa escuela) de que la moral concreta está toda en los que gobiernan, en el acto en que gobiernan, y sus adversarios deben considerarse adversarios de la moral en acto, merecedores no sólo de ser, según la ley y fuera de la ley, castigados (lo que se comprende o puede comprenderse), sino de una alta condenación moral. Es, por decirlo así, una concepción «gubernativa» de moral, cuyo primer origen hasta se puede justificar relativamente, es decir, en relación con la polémica a que se sintió arrastrado Hegel contra la veleidad, la vaporosidad y la presuntuosidad romántica de las almas bellas y sensibles (en la cual le pareció oportuno elogiar al hombre genial y al héroe a aquel buen ciudadano), y, si no justificarse, puede explicarse en lo demás con la tendencia personal conservadora de Hegel, súbdito del Estado prusiano de la restauración, pero que no comprendemos cómo podía seguir siendo todavía objeto de tanto fervor como sienten los escritores de la escuela, que parecen embriagarse y caer en éxtasis ante la imagen sublime del Estado. No obstante estas exaltaciones y este dionisiaco delirio estatal o gubernamental, es menester mantenerse firme en considerar al Estado en lo que es verdaderamente: forma elemental y angosta de la vida práctica, de la cual la vida moral fluye por todos los costados y escapa esparciéndose en arroyos copiosos y fecundos.

Benedetto CROCE



# OJOS Y OÍDOS DEL MUNDO



En septiembre último, el profesor Sidney Sufrin, seguido de un equipo de técnicos, aterrizó en Madrid procedente de los EE.UU. Objeto del viaje: estudiar la economía española de acuerdo con el plan de defensa occidental. Dicha comisión acaba de cumplir su cometido. Ha recorrido el país durante más de dos meses, cotejado estadísticas oficiales de producción de dudosa veracidad y comprobándolas a lo largo de un recorrido por las fuentes hidroeléctricas pirinaicas, cordillera cantábrica y Guadarrama. Asimismo fueron inspeccionadas las cuencas carboníferas de Asturias y Galicia, los centros agrícolas, pesqueros y navales y las factorías. Se jacta Sufrin de haber levantado el primero y más completo inventario sobre los recursos agrícolas e industriales de España mediante informe de 180.000 palabras. Se hace constar en él que España, tenido como país al borde de la bancarrota, es uno de los pocos que reúnen condiciones de autarquía económica. Sin embargo, Sufrin establece el estandard de vida del español medio en 160 dólares anuales, y ello a causa de los siguientes factores:

- 1.—El pésimo sistema de distribución de los productos.
- 2.—El pernicioso control del Estado.
- 3.—El atraso de la agricultura y a sus primitivos procedimientos.
- 4.—La escasez de mano de obra calificada.

Sufrin cree que esta situación no puede ser superada con sólo la ayuda financiera. «España—dice—, no morirá nunca de hambre; pero podría morir de indigestión de dólares.» Sus recomendaciones consisten en un plan escalonado de rehabilitación:

- 1º. Puesta en marcha al máximo de su rendimiento del utillaje industrial existente. (Este rendimiento es de un 20 % de su capacidad real).
- 2º. Abastecimiento de materias primas.
- 3º. Aportación financiera progresiva.
- 4º. Readaptación de la mano de obra.
- 5º. Drástica transformación de los sistemas hidráulicos y de transportes.

Sufrin resume sus impresiones con estas palabras: «De inclinarse los EE.UU. por un plan positivo hacia España, el aumento del standard de vida debiera tener prioridad; la ciencia económica demuestra que un obrero indigente es forzosamente un mal obrero».

Con lo cual Mr. Sufrin ha descubierto el Mediterráneo. A esta misma conclusión llegaron hace muchos siglos los mozos de mulas.

—o—

Desde César a Napoléon, pasando por Hitler, soñaron muchos políticos en el ideal de una Europa unida, o amontonada, bajo la égida de un Estado único. Responden a ello las consignas de los EE.

UU. de Europa y del Parlamento del Hombre. La especie de amontonamiento impuesto por Stalin a sus naciones vasallas ha estimulado este empeño de la Federación Occidental. Las negociaciones se han venido llevando a cabo estos últimos tiempos hasta culminar en la asamblea de Strasbourg, en la cual el líder federalista Spaak dimitió la presidencia de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa en vista de las discrepancias surgidas. Se produjo esta dimisión en el preciso momento en que el parlamento francés se pronunciaba por el llamado Plan Schuman.

—Durante cinco años—declaró Spaak—hemos vivido bajo el terror de los rusos y de la caridad de los americanos. Sin embargo permanecemos indiferentes como si la historia pudiera esperar, como si dispusiéramos de tiempo, de décadas y más décadas para transformar nuestra mentalidad, para suprimir nuestras barreras arancelarias, para abandonar nuestro egoísmo nacional.

Los entorpecedores de la Federación Europea basan su escepticismo en lo siguiente: En el mosaico nacionalista que Europa ofrece; en que esta es una Babel de lenguas y tradiciones; y en que—punto de vista británico—no se puede comparar la situación europea con la que hizo posible la federación norteamericana en 1788.

Spaak, en su discurso atacó a los ingleses y especialmente a Mr. Churchill, campeón antaño de la federación y representante hoy del aislacionismo. Pero la tesis belga ha quedado en el aire al plantearse la cuestión del ejército europeo como un derivativo del plan Schuman. El propósito de un ejército europeo ha fracasado al plantearse la cuestión de un común presupuesto militar entre las naciones occidentales. Bélgica cree que este común presupuesto afectaría el standard de vida de su país—que es de los más altos de Europa—y que el ejército común absorbería a su propio ejército nacional.

El Plan Schuman parece ofrecer mejores perspectivas. Consiste este plan en la puesta en comunidad por seis Estados europeos, de sus recursos en carbón y acero: 220 millones de toneladas de carbón anualmente y 38 millones de toneladas de acero. El «pool» trae consigo abrogaciones concertadas de tipo diplomático y arancelario. Pero la cuestión planteada es la siguiente: ¿Podrán los fervientes patriotas—SS.MM. los Reyes del Acero y del Carbón—trabajar en perfecta armonía. Por de pronto Bélgica y Luxemburgo se resisten. Y Alemania ha pospuesto su resolución. Y sin el concurso de Alemania el Plan Schuman es impracticable.

—o—

Mientrastanto, ruge en EE.UU. la polémica so-



bre el ritmo de la producción de armamentos. Tres grupos intervienen en ella: el que cree que la producción es insuficiente y con retardo; el que cree que se produce mucho y demasiado pronto; y el que coincide con el primero en la necesidad de un intensivo rearme y con el segundo en cuanto al peligro de una dislocación económica que el hecho produciría. Se sobreentiende que este tercero es la propia Casa Blanca. Es también de la misma fuente el supuesto de que Rusia y sus satélites pasan por dificultades internas cuya gravedad hace improbable la guerra antes de mediados de 1953. Transcribimos aquí las últimas manifestaciones ante las Naciones Unidas del representante soviético, M. Wishinsky:

«Los EE.UU. planean movilizar un ejército de criminales de guerra contra la Unión Soviética. Pero no hay fuerza capaz en la tierra de abatir el Kremlin. Vuestros tanques, vuestros cañones, y vuestros aviones no pueden medirse con nuestros tanques, nuestros cañones y nuestros aviones...»

Yugoeslavia fue el primer país comunista de postguerra en acusar y condenar a un prelado de la Iglesia. Se trata del arzobispo Stepinac, líder de la iglesia católica que dice contar allí con siete millones de adherentes. Stepinac fue detenido, acusado y condenado, en 1946, por colaborador del Estado títere croata (nazista) a 15 años de trabajos forzados y pérdida de sus derechos civiles.

Posteriormente cundió el rumor de que Tito había propuesto una transacción al Vaticano, o sea liberar al arzobispo bajo condición de que este abandonara el país. Pío XII, según la misma versión, rechazó la proposición.

La prensa oficial yugoeslava acaba de publicar el siguiente comunicado: «Aloysius Stepinac, ex-arzobispo de Zegreb, ha sido liberado provisionalmente. Residirá en Krasic, su villa natal.»

Con lo que Pío ha ganado en tozudez a Tito.

«¡Enriqueceos!» Fue esta la primera consigna del bolchevismo dirigida a los campesinos. Estos empezaron a enriquecerse pero no por mucho tiempo. Les «kulaks» fueron despojados por los nuevos amos. Pero la clásica paternidad soviética se extiende actualmente sobre el campesinado chino. Los señores feudales fueron allí eliminados, procediéndose al reparto de tierras, animales y herramientas.

Un informe hecho público por las autoridades comunistas chinas expone el balance de la reforma agraria sobre el caso típico de 600 familias

campesinas del pueblo de Shansi—provincia del Noroeste—. Entre latiguillos llamativos (supresión de accidentes entre la población infantil, reducción de la promiscuidad sexual en un 74 %, aumento de la producción y del nivel cultural) el informe revela detalles sintomáticos como los siguientes: que una sexta parte de las familias han vendido «ilegalmente» parte de la tierra; que un 20 % de jefes de familias se ha ido enriqueciendo, no con los productos de la tierra, sino en calidad de prestamistas al interés usurario del 60 % anual, y que el resto vive en la miseria.

—O—

El descubrimiento de las fuentes del Orinoco ha sido el deporte favorito de los escrutadores de las selvas suramericanas. Los conquistadores españoles buscaron allí, en las vírgenes montañas de Paríma, el fabuloso Eldorado. Los misioneros jesuitas llevaron el evangelio río arriba hasta llegar a Esmeralda. En 1800, Humboldt venció todos los records de profundidad y el mundo de la botánica se enriqueció con más de 6.000 nuevas especies. Pocos años después un ambulante brasileño afirmó haber recorrido todo el curso del río. En 1931, el americano H. Spencer Dickey, estableció por coordenadas la posición de las famosas fuentes. Recientemente, un militar venezolano ha hecho conocer por radio la posesión definitiva, en nombre de su país y de la Sociedad Geográfica Americana.

—O—

El misterio de los prisioneros de guerra por la campaña coreana acaba de ser desentrañado. 3.196 familias, entre las que abundaban los deudos desaparecidos—muertos oficialmente—en acción de guerra, han recibido como aguinaldo de primero de año una feliz sorpresa: sus muertos han resucitado. Figuran como «vivos» en la lista nortecoreana de sus prisioneros. La emoción ha sido, pues, enorme, especialmente entre las supuestas viudas. La más afectada por esta emoción ha sido, sin duda, la dama norteamericana Agnes Sasser, de 22 años. Casada con el oficial Walter B. Dixon en 1950 un año después fue dado éste como muerto en el campo de batalla. El gobierno americano entregó a la viuda una prima de 10.000 dólares a título de indemnización, que fue utilizada por la dolorida dama para casarse de nuevo en septiembre de 1951. Walter B. Dixon figura en la liste de los resucitados. Y la encopetada dama como candidata a la difunción por adulterio.





# REPORTAJE AL COMPAÑERO

## EDMUNDO LATELARO



El compañero Edmundo Latelaro es un viejo militante de la Federación Obrera Regional Argentina, que actuó en sindicatos de la Federación Obrera Local Bonaerense y con diversas intermitencias también en varias provincias del país. Hombre hecho a la lucha dentro de los cuadros de la Federación, ha tomado parte en gran número de actos organizados por federaciones locales, provinciales e instituciones afines, en los que ha mantenido en alto la bandera de la F.O.R.A., cuya trayectoria revolucionaria tanta influencia ha ejercido en la orientación del movimiento obrero en lengua castellana tanto en esta parte de América como de Europa.

Albañil de profesión, roba a sus descansos el tiempo necesario para intervenir en los problemas de su sindicato y para instruirse, en ese afán singular de los anarquistas que buscan los medios de identificarse con todos los problemas sociales del mundo contemporáneo, para formarse una conciencia y poder, de ese modo, rendir el mejor producto a la causa de la revolución. Conocedor del movimiento obrero revolucionario del país, y también en cierto modo del mundo en general, sus especulaciones responden a los principios bakuninistas encarnados en la Primera Internacional, posición a la cual es fiel por entender que sólo mediante la capacitación logrará formarse el medio de lucha que pueda conducirnos a la libertad como la entendemos los anarquistas. Dentro del movimiento obrero del país, ha sostenido el criterio que interpreta la Federación Obrera Regional Argentina, de lucha frente al autoritarismo y a la política, rémoras que esterilizan el sentimiento revolucionario de las clases trabajadoras.

Tales puntos de vista los sustenta Edmundo Latelaro desde hace más de un cuarto de siglo en que milita en los cuadros de la F.O.R.A. Colaborador en nuestra prensa revolucionaria, sobre los temas más variados, posee un conocimiento personal de todos los grandes acontecimientos históricos del anarquismo mundial, y en virtud de ello le interrogamos para que los lectores de CENIT se enteren de su pensamiento sobre las siguientes cuestiones latentes en la esfera de actividades de la propaganda:

—Tu experiencia, compañero, te habrá hecho concebir un concepto propio respecto de un sector del anarquismo que, después de los internacionalistas: Bakunin, Guillaume, Fannelli, Lorenzo, Malatesta, etc., se ha ido inclinando hacia la socialdemocracia, en una evolución a la inversa. Considerando el porvenir como movimiento de revolución, que todos por igual esperamos, ¿debemos los anarquistas entender ese movimiento como resultado de una capacidad total, como lo entiende el socialismo político, o como resultado de la acción directa que preconizaban los integrantes de la Primera Internacional y sus discípulos y que parece ser la razón de la misma historia?

—Dos cosas me parecieron siempre poco edificantes, poco constructivas: aquella vieja polémica de nuestros compañe-

ros—contesta Latelaro—con los grupos autoritarios a base de concesiones nuestras, que no terminó en 1907, al surgir el sindicalismo, y la de ponerle mote al anarquismo.

»Para mí, se es o no se es anarquista. Lo demás, el socialismo, el comunismo, el colectivismo, es más bien, por no decir tan solo, factor de la post revolución. Tales apelativos, para mí, no modifican en nada lo fundamental del anarquismo. Es decir, no cambian la concepción ni la conducta de la acción antiestatal justa y de paz verdaderamente real. Pero lo que sí cambia fundamentalmente y no se puede admitir en nombre del anarquismo, es ese ser y no ser, el término medio tan explotado por los políticos para estar a bien con dios y con el diablo y tener siempre razón. Eso es sofisticar las ideas, ya que con tal renunciamento no se practica el anarquismo, sino que se es sencillamente antianarquista. Cuando se afirma al Estado y las codificaciones, aunque sea en mínima parte, se llega a esa desgraciada conclusión. Lamentablemente, el jesuítico «divide y vencerás» se ha venido aplicando en el campo de la lucha revolucionaria con tan ingratos resultados como los que palpamos hoy cuando, en nombre de no se qué clase de anarquismo periódicamente nos salen con una novedad, con una reforma, con una innovación, para separarnos más de nuestros objetivos y alejarnos de la verdadera revolución. Y por si los ejemplos no fueran de por sí abundantes, veamos los resultados de tal confusión: separación de nuestro campo hacia la política, dejando latentes los problemas propios de las clases revolucionarias que de este modo se disgregan, desorientadas. Pareciera ésta obra de la contrarrevolución que actúa para dividimos, confundimos y uncirnos al yugo de la reacción.

»Con tales especulaciones, cada vez estamos más lejos de entendernos y comprender los problemas de nuestra liberación de las garras del capitalismo para establecer una sociedad de productores libres. La polémica data de lejos y después de tanto discutir nos encontramos en el camino de las interpretaciones, en detrimento de la revolución. El tiempo marcha, pero en este terreno hay quien evoluciona hacia atrás, pese a los ejemplos históricos y a las infortunadas experiencias obtenidas en cuanto a la nulidad absoluta del estatismo y de todo reformismo, por negativos del progreso. Yo acepto que la realización total del anarquismo por lo intrínseco no será posible. Para mí, el anarquismo son las espuelas de la inquietud clavadas en los ijares del pensamiento humano. Pero no se puede aceptar que quienes digan tener una idea, una conducta y una concepción social, de paz, justicia y libre convivencia, la provoque y exponga a medias, alegando que así se llegará más pronto a la meta y será más fácilmente digerible para el pueblo.

»Esto significa tanto como chapotear en un pantano, ya que no conduce a ninguna parte buena. El anarquista para mí es pensamiento y acción: separar una cosa de otra, será tanto como seccionar la cabeza del tronco. Bajo concepto alguno se puede llamar anarquista quien renuncie a la acción directa, y no debemos entender como tal el hecho ma-



terial tan sólo, sino la negación de protectores, de intermediarios, de abogados entre la esclavitud y la revolución.

»La capacitación para nuestro movimiento, como para todo otro, es fundamental, pues de lo contrario no se podrán formar militantes de conducta, de conciencia, de personalidad responsable de sus acciones. Pero el armatoste estatal, el andamiaje de la codificación y aun de las costumbres jamás nos dejarían llegar al punto revolucionario que esperamos, si la acción directa no elimina los valladares que nos es preciso salvar. La sofisticación y distanciamiento de las normas, ideas y prácticas de la Primera Internacional, constituyen, para el anarquismo una verdadera tragedia, por sus consecuencias en detrimento de la revolución».

—Compañero Latelaro, ¿cómo ves el porvenir anárquico inmediato frente al acelerado avituallamiento guerrero de los dueños del mundo y, cómo debemos reaccionar los anarquistas—representantes del pensamiento libre mundial—si la próxima guerra estalla por la competencia de los dos colosos del capitalismo burgués y comunista?

—Ese avituallamiento tiende a destruirlo todo; pero aun siendo así, o quizá por eso mismo, demuestra que o el mundo capitalista-comunista se destruye o el anarquismo triunfa. Me inclino por lo último. Atravesamos por una hora de prueba, de afirmaciones sin titubeos ni medias tintas. Nunca más negativa la duda para el anarquismo que en estos momentos. Cuanto más contundentes en afirmaciones, concretos, y más limpiamente procedamos los anarquistas, más prometedor será el porvenir. Las concesiones suponen renunciamiento. Que renuncien los otros, pero no quienes, como los anarquistas, tenemos por norte la libertad. Atravesamos por un período de descomposición, de relajamiento moral, de desprecio por cuanto suponga responsabilidad. En esta noche negra, nuestras ideas tienen que iluminar como faros, con luz brillante. Fraternal, comprensivos, tolerantes, sí; pero firmes en nuestras convicciones, en nuestra conducta como anarquistas.

¿Cómo debemos reaccionar los anarquistas? Si la guerra se extendiera—prosigue el compañero Latelaro—hasta convertirse en contienda mundial, no cabe otra resolución que pelear por lo nuestro, creando focos revolucionarios aquí y allá en forma de maquis, pero jamás servir a ningún Estado, por muy enemigos que seamos del stalinismo, quintaesencia de lo antihumano, antiproletario y aniquilador de las conquistas de la revolución. La historia nos enseña que el mejor Estado que puede crearse es la destrucción de todos. Alguien estimará como suicida la respuesta, pero es el único camino que corresponde. Nosotros no podemos tomar partido por ninguno de nuestros enemigos sempiternos. Seamos para él, como dijo el poeta, una permanente zozobra, si no podemos ser otra cosa.

La Asociación Internacional de Trabajadores, que en su último congreso celebrado en Francia parece haber entrado en el camino de las realidades ideológicas, aunque sin una determinación concreta en cuanto a la acción de lucha, bien pudiera encaminar su actividad futura a esta premisa, agrega el compañero Latelaro. La A.I.T. debe estar presente con todo su peso ante este problema. Debe tomar contacto con toda inquietud, desde ahora mismo, en una acción decidida, concreta, terminante. No ocultando quiénes somos, lo que pensamos y lo que queremos, llegaremos al corazón del mismo pueblo. Y, como anarquistas, es lo único que corresponde ante tal situación.

—¡Bien! Dinos ahora, compañero Latelaro: ¿Qué podríamos hacer los anarquistas por esa juventud hoy descarriada merced a la política y que es carne de cañón en todas las guerras, para que adquiera conciencia y responsabilidad de sí misma, en defensa de su propia vida y de la humanidad?

—¿Qué podríamos hacer? Esta pregunta la formulé desde que tomé parte, en 1911, en nuestras luchas, y es muy ló-

gico que nos preocupe a todos y nos torture, ya que significa mantener ardiendo la hoguera de donde salen los militantes. ¿Cómo hacer para que la juventud adquiera conciencia de sí misma? Por la propaganda y nada más que por la propaganda. No sabría responder de otra manera. Claro está que tampoco es fácil, cuando hoy somos forjadores en hierro frío y no nos queda otra posibilidad que golpear. Pero no olvidemos que somos creadores de una organización responsable y no de partidos políticos y para ello obligado es realizar una educación integral. La juventud, como la infancia, tiene su mundo propio. Nosotros debemos ir a ella. En nuestro campo tenemos buenas figuras que podrían prestar un concurso valioso con sus conocimientos sociales y literarios para ir afirmando mentalidades. Lo difícil, como siempre, reside en los medios de divulgación. En este aspecto bien poco ha hecho el anarquismo hasta ahora. Cuanto conocemos, cuanto se escribe, cuanto se trata, está dirigido a personas formadas, a hombres con convicciones. Hemos dejado de lado—sin hacer hincapié en las causas—a la juventud, que mañana será un producto de nuestra conducta, y convicciones. Los apuros, como las concesiones, no conducen a nada bueno en la generalidad de los casos. La parábola de Rodó «pampa de granito» nos da en este caso una buena lección.

—Compañero: cambiando de tema, cómo ves la acción resistente del movimiento anarquista español englobado en la C.N.T., frente a la indiferencia de la socialdemocracia capitalista y el apoyo de las Naciones Unidas al régimen nazifascista del franquismo, por implantar una sociedad de productores ibéricos libres?

—La epopéyica acción insurgente del pueblo ibérico—constata el compañero Latelaro—tiene tanto de ejemplarizadora como de lógica la indiferencia de la llamada socialdemocracia capitalista. Medítese sobre los objetivos de una y otra y se aceptará que no puede ser de otra manera. En cuanto a las llamadas Naciones «Unidas», me parece que es demasiada ingenuidad esperar algo bueno y justo de ellas, sobre todo teniendo en cuenta los principios de acción y objetivos que encarna la C.N.T.

Lo que ya no resulta igual es la actitud del anarquismo mundial que, en mi opinión, ni cuando se estaba construyendo allí un mundo nuevo, ni ahora, que se lucha para retomar las directivas de esa acción, estuvo a la altura de sus ideales universalistas ni de los acontecimientos. Dijimos entonces que si la revolución española no salía de sus fronteras, sería ahogada en sangre. Hoy afirmamos que el triunfo de esa acción insurgente, no sólo para el anarquismo ibérico, sino para el anarquismo mundial, es básico para éste.

Si no lo entendiéramos así, tal cual la situación se presenta, a la larga la revolución quedaría siempre expuesta al peligro. El capitalismo ruso, que parece haber perdido la partida en Europa, transfirió sus avanzadas al capitalismo yanqui. Y esto nos dice lo demás.

—Tu experiencia te habrá hecho concebir el futuro de España después de la caída del régimen franquista.

—Si el puntapié lo da el proletariado, será decisivo para la humanidad, porque será por la acción revolucionaria y marcará una nueva era histórica. Por los principios que animan al proletariado ibérico, todo indica que no podrá ser de otro modo. Y lo esperamos vivamente.

—Finalizando esta entrevista, ¿podrías decirnos, compañero, cuál ha sido la mayor satisfacción o emoción, como anarquista, experimentadas durante tus muy respetables años de militante?

—Podría decir que, para mí, militar ha sido siempre una satisfacción, aun desde la cárcel o el calabozo. Pero una de las mayores me la brindó el pueblo de San Cristóbal, en la Provincia de Santa Fé: después de haber ganado una huelga, al saberse que yo quedaba preso, bajo proceso, la



# ★ LA VIDA Y LOS LIBROS *Camus* y nuestro tiempo



Se de estimar en el autor de «Les Justes», ese anhelo, esa honda preocupación que le induce a escrutar la conciencia del hombre actual frente a una tremenda crisis de valores. Tiene la sinceridad de confesar las propias incertidumbres, los tanteos en pos de un punto de apoyo, de una esperanza, de ese «espoir» que ha puesto como lema al frente de la notable selección de libros, de diversos autores y con temas de nuestro tiempo, cuya edición dirige. Y es con el norte puesto en esa esperanza, susceptible de atraerlos escollos, que se esfuerza en dominar la angustia, el desaliento, que Camus ha escrito su último libro «L'Homme révolté».

El análisis, el examen de la «tabla de valores» que prevalece en nuestra época le hace creer que, llegados al confin de la duda, importa reaccionar, deteniendo el impulso hacia un desolado nihilismo. Así dice en las páginas de su última obra: «Roto el espejo, ya no resta nada que pueda servirnos para responder a las cuestiones del siglo. El absurdo, como la duda metódica, han hecho tabla rasa. Nos han dejado en un callejón sin salida. Mas, la duda puede orientar un nuevo examen.» Y con todo y reconocer el descalabro de la civilización, cree que es inevitable que nos esforcemos en luchar, a fin de que brille una luz en las tinieblas.

El espíritu de rebelión, el inconformismo, brota ya del fondo del individuo contra esa fuerza, ese poderío de esencia metafísica que tiene su expresión en todas las religiones. Así el «Prometeo», de Esquilo, se enfrenta contra la omnipotencia del Zeus olímpico de la mitología helénica. Así Lucifer sublevado contra Jehová en el «chef d'œuvre» de la literatura hebrea. La rebelión metafísica, nos muestra Camus cómo toma arraigo en el hombre, disconforme incluso con el Todo que tiende a dominarle; contra las desconocidas fuerzas cósmicas que le envuelven y que tratan de cuajar una justificación en las primeras teogonias. Y de ahí toma carácter de lucha tenaz, a través de los siglos, el impulso negador del ateo, en pugna contra el de-

organización mandó un ultimátum a la Jefatura de Policía, dándole dos horas para que me pusiera en libertad. Cuando se cumplió el plazo, continuaba yo detenido, sonó la sirena de los talleres del Ferrocarril del Estado, se pararon todos los trenes, y el pueblo en pleno se dirigió a la Jefatura, a consecuencia de cuya actitud fui puesto en libertad.

Sin embargo, la mayor de todas la tuve cuando estalló la revolución española, en julio de 1936: nunca me imaginé ver tanta realización del anarquismo. La demostración definitiva de que el anarquismo no es una mera utopía, la he visto entonces.

lirio absorbente, contrario a la libertad, de todos los pontífices de las religiones.

Estudia Camus en su obra el sentido de «negación absoluta», que halla su expresión en las concepciones del Marqués de Sade, con criterio disolvente igual en el bien que en el mal. La tesis de Stirner contra todo aquello que tiende a negar el poder del individuo, exaltación esta que acaba en factor de egolatría. El nihilismo de Nietzsche. El sentido de rebelión entre los poetas. Así en Lautréamont o en Rimbaud. La expresión de rebeldía plasmada en el arte de los surrealistas, refractarios a la beatitud y conformismo de tipo burgués.

Escrutando los arcanos de la Historia, se nota cómo el hombre se subleva a veces con un fondo de incoherencia, cuando no con afanes de imitar, de seguir idénticos procedimientos a los empleados por aquél contra quien se levanta. Y el autor de «L'Homme révolté» muestra la diferenciación de la impulsividad, a veces ciega, del individuo que se subleva a la acción del revolucionario acorde con unos principios. Ambos, no obstante, pueden hallar una convergencia en el afán de reivindicación.

Menciona el escritor que se cita, el influjo que abarca el pensamiento del Rousseau del «Contrato Social». Le considera dogmático, pues si bien pone en duda y hasta descarta todo poder divino, no por ello deja de sentar una posición, ceñida a modalidades coactivas. «El Contrato Social»—manifiesta Camus—termina con la descripción de una religión civil y hace de Rousseau un precursor de las sociedades contemporáneas que excluyen, no solamente la oposición sino incluso la neutralidad. Es el sino; de todo cuanto lleva carácter de imposición aun y con todo hacer que se escude con la contundencia de la Razón... Y por vía de Saint Just, toman carta de naturaleza, en la Revolución Francesa, las ideas de Rousseau en su «Contrato Social».

Alude Camus a los terroristas rusos, a los nihilistas, a los revolucionarios del 1905. Menciona también a Bakunin, haciendo resaltar su ardor revolucionario. Pero quizás acentúa un tanto ese frenesí, esa especie de fanática insurgencia que otros también han señalado en Bakunin, sin pararse a examinar, como hacia Max Nettlau, la fibra de pensador, el hondo espíritu analítico que vibraba en el conocido anarquista ruso.

El agudo análisis de las prédicas demagógicas de Hitler y Mussolini, nos lleva a la conclusión de que, inevitablemente, el cesarismo, la interpretación absolutista del Poder, halla coincidencias, puntos de contacto entre lo que se pretende sean polos opuestos: comunismo y fascismo. Es evidente que en una y en otra tendencia totalitaria existe el espíritu absorcionista, llamado a yugular todo intento de disidencia. De ahí la conclusión que se apunta, en el libro de referencia, acerca del destino funesto de toda revolución impulsada por cualquier modalidad estatal.

Campio CARPIO

Ayuntamiento de Madrid



Albert Camus hace en su obra una crítica verdaderamente demoledora del marxismo, y lo hace con argumentación ceñida a la lógica más inflexible:

«Bajo la presión, no obstante previsible, de los imperialismos adversos, nace en realidad con Lenin, el imperialismo de la justicia. Pero el imperialismo, incluso el de la justicia, no tiene otro fin que la derrota, o el imperio del mundo. Hasta entonces, no hay otro medio que la injusticia. De ahí la doctrina se identifica definitivamente con la profecía. Por una justicia lejana, se legitima la injusticia durante todo el transcurso de la historia, acaba por resultar esa mixtificación que el propio Lenin detestaba más que todo lo del mundo. Ella hace aceptar la injusticia, el crimen y la mentira a cambio de la promesa del milagro. Aún más producción y aún más poder, el trabajo ininterrumpido, el dolor incesante, la guerra permanente, y un momento vendrá en que la servidumbre generalizada en el infortunio total se cambiará maravillosamente en su contrario: el libre asueto en una república universal. La mixtificación pseudo revolucionaria tiene ahora su fórmula: hace falta matar toda la libertad para conquistar el Imperio; y el Imperio será un día la libertad».

La lección que ofrece el desenvolvimiento del «Estado proletario» muestra de un modo harto evidente, con sus constantes depuraciones, con la yugulación de toda tesis, disidente de la ortodoxia de partido, con el adiestramiento rebañero de las masas, el sofisma marxista que pone de relieve Camus en las citadas líneas. En los albores de la revolución rusa, sabido es que se había repetido como un «slogan», que ya en la fase superior del comunismo sería una realidad aquello de «A cada uno según sus necesidades». Hasta entonces existiría el Estado. He ahí las consideraciones que hace Camus a este respecto:

«¿Cuál será la rapidez de desarrollo hacia esa fase superior del comunismo, donde cada uno podrá tomar según sus necesidades? Esto, no lo sabemos y no podemos saberlo... No poseemos datos que nos permitan el decidir estas cuestiones. Para más claridad, Lenin afirma, siempre arbitrariamente, que «no ha llegado a la mente de ningún socialista prometer el advenimiento de la fase superior del comunismo». Puede, de ahí, decirse que ha muerto definitivamente la libertad. Del reino de la masa, de la noción de revolución proletaria, se llega a la idea de una revolución, hecha y dirigida por agentes profesionales. La crítica se concilia entonces con la necesidad, aunque provisional, de la dictadura del proletariado en la persona de sus jefes. Y a la postre se dice que no se puede

prever el término de ese Estado provisional y que, por añadidura, a nadie se le ha ocurrido prometer que ha de haber un término. Después de ello es lógico que la autonomía de los soviets sea combatida, Makhno traicionado, y los marinos de Cronstadt aplastados por el Partido.»

Ahogado en Rusia el público sentir insurgente y avasallador poder del Partido. Triturado por la técnica del mecanismo estatal; malogradas las posibilidades de una transformación social, que pudo haber en la pasada revolución, la corriente de in-conformismo queda, evidentemente, rezagada. Y otra vez, como Sísifo, el hombre sublevado se halla en el trance de perder sudor y sangre, arriesgando la existencia en el esfuerzo en pos de la libertad.

El mundo ha llegado a una tal insensibilidad, en lo que concierne a los valores morales, a lo que son fuerzas del sentir humanitario, que ya incluso, como dice Camus, las víctimas han llegado al extremo de su desgracia: el que resulte fastidioso, aburrido el presenciarla. Pero, con todo, la vida nos impulsa a luchar. Y Camus, que a veces diríase nos presenta un desolado panorama del vivir, movido de la fe en el porvenir, nos invita a la constancia, a la generosidad, a la nobleza de corazón. Así en las últimas páginas de su libro escribe:

«La sublevación prueba que es el propio movimiento de la vida y que uno no puede negarlo sin renunciar a vivir. Cada vez que se manifiesta la pureza de su grito hace erguirse al individuo. Ella es pues, amor y fecundidad o no es nada. La revolución sin honor, la revolución hecha a cálculo, prefiriendo el hombre abstracto al hombre de carne, niega el ser tantas veces como cree necesario, poniendo el resentimiento en el lugar del amor. Tan pronto como la rebelión, olvidando sus generosos orígenes, se deja contaminar por el resentimiento, niega la vida, corre a la destrucción y hace surgir esa cohorte, semilla de esclavos, que se ofrecen en todos los mercados de Europa para no importar qué servidumbre. Ella ya no es así ni rebelión ni revolución sino rencor y tiranía. Entonces, cuando la revolución, en nombre de la fuerza y de la historia, conduce a esa mecánica desmesuradamente homicida, una nueva religión se hace necesaria en nombre de la medida y de la vida.» «Más allá del nihilismo, todos, entre ruinas, preparemos un renacimiento.»

Y así, el autor de «L'Homme révolté» abre la puerta a la esperanza, tras un examen hecho a conciencia, del pasado y del presente.

Vicente G. CORTES





## ENCUESTA

# AMERICA-EUROPA



ONCEBIDA después de mi encuesta mundial «Los Caminos de la Paz», a la que han respondido 160 personalidades culturales y que ha sido publicada en varios idiomas en 1930-32, he emprendido otra encuesta titulada «América-Europa».

Esta encuesta comprende dos partes. La primera, ya realizada, contiene 50 respuestas de las cuales algunas están firmadas por nombres pasados a la historia de las ideas y de las acciones que caracterizan el período 1920-1935. Algunos nombres: Stefan Zweig, John Galsworthy, prof. Charles Gide, Arthur Ponsonby, Henri Barbusse, Herman von Keyserling, Max Nettlau, Pierre Ramus, Luigi Bertoni, Maria Lacerda de Moura (por no citar más que a los que han muerto), son suficientes para indicar el valor documental de esta encuesta. La segunda parte, que debe completarla, tendrá el interés de la actualidad transportada a los grandes problemas surgidos después de la segunda guerra mundial.

### EL CUESTIONARIO ES EL SIGUIENTE

- 1) — ¿Cómo considera usted la posición de América con relación a Europa y viceversa? (La respuesta a esta pregunta puede abarcar cualquier punto de vista: social, económico-político, literario-estético, ético, etc., según sus preferencias o especialidad.)
- 2) — ¿Puede observarse una misión específica de la América del Sur (civilización latina) y de la América del Norte (civilización anglo-sajona y técnica)? ¿Cuál es el papel

que desempeña la América en la síntesis de la cultura universal?

- 3) — En el conjunto de las corrientes sociales, espirituales, etcétera, de tendencia universalista, ¿cómo piensa usted que se podría realizar el puente de unión, por encima del Atlántico, entre el Antiguo y el Nuevo continente?
- 4) — Pregunta complementaria. ¿Cree usted que la Nueva Europa encontrará su resurgimiento gracias a los manantiales de energía material y espiritual del continente americano y especialmente de la América del Sur? ¿O bien renacerá por sus solas fuerzas en la gran lucha social y moral en que el mundo está empeñado?

Doy a conocer aquí unas cuantas respuestas, escogidas para CENIT entre las 45 colaboraciones recibidas aquí en Montevideo, de 1948 a 1950. El solo nombre de esta ciudad suramericana es suficiente para comprender el por qué de la no publicación de la encuesta hasta el momento actual, ya en un volumen, ya en las páginas de una revista. No hay aquí ni editores ni revistas accesibles para las obras no «americanistas», es decir, espectaculares o de diversión. En cuanto a mis colaboradores tengo a bien excusarme por este involuntario retraso. Sus textos no han perdido nada en cuanto a actualidad. Se trata de textos inéditos a excepción del correspondiente al malogrado Rodolfo González Pacheco, quien lo publicó directamente en «La Obra», de Buenos Aires, en uno de sus incisivos y substanciales «Carteles».

Eugen RELGIS

### I

Todo problema concerniente a la paz como al bienestar de los hombres debe, según mi opinión, encontrar los elementos de su resolución en la situación demográfica del medio considerado, se trate de cierta nación o de la tierra entera. Esto ya lo había dicho cuando vuestra precedente encuesta: **Los Caminos de la Paz**. No he cesado de pensar así; al contrario, considero el problema en este sentido, todo el resto viene más tarde.

En numerosos artículos de periódicos y revista, en diversos folletos y principalmente en un libro: **¡Crecer y multiplicarse es la guerra!** (París, 1933), he expuesto la doctrina del «pacifismo científico». Aplicado, éste aboliría la guerra, y no sólo la guerra internacional, sino la guerra social (o lucha de

clases), la guerra colonial y la guerra interracial. Daría a todos los pueblos el bienestar, base de la paz, la cual es el estado en el cual pueden encontrar su lugar todas las reformas deseables.

La guerra—sea cual sea, es decir, bajo una de las formas precitadas—es un fenómeno de orden demográfico. La causa primordial de las guerras es la sobrepoblación: dicho de otro modo, el desequilibrio entre la cifra de la población y la suma de los medios de vida disponibles sobre cierto territorio, en la nación o en la tierra entera. Por todo un proceso que me es imposible detallar aquí, la sobrepoblación conduce al odio y a la guerra entre los hombres, las naciones y las razas.

El medio de establecer la paz y también la libertad y la igualdad entre todas las naciones del mundo (y también en los hombres tomados individual-



mente), está primero en preocuparse de evitar la sobrepoblación de las naciones superpobladas y, una vez llegados a la cifra óptima de población en cada nación, mantener esta cifra por una acción vigilante y por medio de medidas apropiadas, a fin de que la población no sobrepase el nivel permitido por los medios de vida disponibles.

En consecuencia, la enseñanza y la educación de las generaciones futuras debería inspirarse en el pacifismo científico, es decir, enseñar a los niños, desde la edad razonable, cuál es la causa primordial de la guerra y, progresivamente, cuáles son los medios prácticos de prevenirla, dada esta primera causa.

Naturalmente, esta enseñanza, esta educación, estos medios prácticos deberían ser aplicados en cada nación, en virtud de una convención internacional; de ahí la necesidad de una acción mundial, no sólo en los pueblos, sino sobre los gobiernos. Esto debería ser, ante todo, la misión de un organismo semejante a la Organización de las Naciones Unidas, como hubiese sido el de la Sociedad de Naciones si hubiera comprendido y cumplido la misión que le incumbía.

Dicho esto, que me ha parecido necesario, puedo responder en conjunto y brevemente, a vuestras diversas cuestiones.

América es un continente aun relativamente nuevo, sea desde el punto de vista demográfico-económico que en el punto de vista cultural, aunque comience a envejecer en algunas de sus partes, los Estados Unidos por ejemplo. No habiendo llegado al punto de saturación demográfica que han alcanzado Europa y Asia; menos ligado que las naciones europeas y asiáticas a tradiciones a menudo sin valor; disponiendo más que ellas, en consecuencia, de la libertad de juicio; saturado aún en gran parte, en el estado de experimentación en la vida económica y social, puede hablar al menos en un plan de igualdad con Europa.

Pero hay ahora dos Europas. De una parte, Europa occidental se estanca en sus prejuicios y tradiciones en desuso; está sojuzgada a formas sociales y corrientes de pensamientos y sentimientos tradicionales que la impiden de encarar racionalmente los problemas que le impone su innegable sobrepoblación, mientras que largas perspectivas de racional juicio se abren ante la joven América, sobre todo a la América del Norte, y más particularmente a los Estados Unidos.

Europa oriental, además, igualmente sobrepoblada y esforzándose en sobrepoblarse aún más, se ha deslizado al socialismo, o más bien a cierto socialismo: el socialismo de Estado, que podría también denominarse capitalismo de Estado. Cuando el ideal es el socialismo individualista que favorece el libre albedrío de la personalidad humana y que no sabría realizarse sino en un país en donde reinara el óptimo de población, el régimen de Europa oriental sojuzga a los individuos, a la personalidad humana, a una concepción dogmática y autoritaria de la vida en común, absolutamente anti-individualista.

Los Estados Unidos son los antipodas de esta concepción. Es, pues a ellos que pertenece el colocarse a la cabeza del progreso humano, preconizando la reforma demográfica, la limitación de los nacimientos y la realización del óptimo de población. Muchos de sus intelectuales lo hacen, y aun siendo esto muy importante, no es suficiente. El día en

donde los Estados Unidos encararían oficialmente esta realización y militarían por ella en el mundo entero, daría un gran y fecundo ejemplo a toda la tierra.

Toda vida social racional, toda cultura, toda verdadera civilización estando subordinadas al problema tratado más arriba, creo que si los Estados Unidos (como además el resto del mundo anglosajón) que me parecen calificados para esto, quisieran intervenir en este sentido en el desorden mundial, las virtualidades existentes en América del Sur como también en la del Norte, se realizarían libremente y participarían por sí mismas, a esta síntesis de la cultura universal a la cual usted hace alusión.

Si existe un deber humano, es éste el que se impone al continente americano, pero más especialmente a los Estados Unidos, en lo que concierne a la resurrección de Europa. Europa se desliza fatalmente a la guerra bajo todas sus formas, está perdida por su sobrepoblación en aumento, que cada día agrava voluntaria y estúpidamente. Se puede también decir otro tanto de Asia.

Manuel DEVALDES

## II

No conozco lo suficiente la literatura actual de ambas Américas para dar una opinión valedera o comparativa. ¿Qué genio universal, en poesía, puede presentar América desde Edgard Poe y Walt Whitman? Europa ha conocido a Carl Spitteler, Asia a Tagore. En el dominio del resplandecimiento individual, desde H. D. Thoreau—a quien puede compararse con un Kagawa y Gandhi—después de León Tolstoi. Si los Estados Unidos pueden enorgullecerse de haber dado asilo a un Albert Einstein, ¿qué sabio americano puede oponerse? Así, Europa, no parece aun dispuesta a pasar a otros la antorcha luminosa de las diversas culturas que ha producido, como tampoco el Asia. No puedo decir si existe una misión específica «técnica» o «estética», en particular a un continente o una «civilización». Concerniente al punto de vista especialmente filosófico, quisiera remitirle a un artículo luminoso de Han Ryner: «Filosofía franco-germánica», aparecido en el número 9 de los «Cuadernos de los Amigos de Han Ryner». No creo que ningún movimiento filosófico nuevo, haya sobrevenido tras la muerte de este pensador profundo, el cual hubiese podido modificar su opinión en este asunto. Al contrario, dado que el sólo movimiento que haya hecho hablar de él es el existencialismo, representado por alemanes como Jaspers y Heidegger y franceses como J. P. Sartre.

Pero ninguna síntesis filosófica profunda no ha llegado aun de América y ¿conoce ésta pensadores como J. H. Rosny primogénito, genial autor del «Pluralismo», como Louis Prat, fundador del Armonismo, que escribió la magnífica «Religión de la Armonía» y, en fin, como nuestro gran Han Ryner, primero en descubrir y nombrar la «Voluntad de Armonía», el Sabio de Occidente, padre del «Subjetivismo» ético, y narrador filosófico maravilloso en «Los viajes de Psicodoro»?



El mundo no puede encontrar su equilibrio y su plena realización sino en el conocimiento de los verdaderos valores humanos. De lo que se deduce que ningún pueblo puede remplazar a otro pueblo. Es la lección de «La Torre de los Pueblos» de Han Ryner. Es necesario aceptar estas profundas diferencias y el libre vuelo de los diversos genios. Sólo puede ser esto posible por un espíritu de tolerancia y libertad. Sólo pueden ayudar a las reconciliaciones necesarias, la comprensión y el amor, como así a los mutuos reconocimientos. Arriba como abajo, por los espíritus unidos y fraternales, por la unión de las manos de los trabajadores en la obra de paz, sin violencia, debe cumplirse la empresa de concordia y belleza humanas. Es por los libres cambios y la amistad que se preparará la renovación del mundo.

Luis SIMON

### III

La posición de América en relación a Francia sólo puede ser una posición amistosa, y viceversa. Como lo proclamaba Victor Hugo en 1849, en el Congreso de la Paz celebrado en París, los Estados Unidos de América no deberían desinteresarse de Europa, y particularmente de Francia. En el punto de vista espiritual, ético y estético estrechamente ligados, los pensadores de América deben ayudar a los de Francia a tomar conciencia de sí mismos, y recíprocamente. Todo se puede esperar, en el dominio cultural, de un pueblo que dió al mundo a un Emerson y a un Walt Whitman. Es sobre todo en esto que me parece debe existir entre Francia y América una estrecha colaboración, más fecunda para la paz del mundo que la fabricación de la bomba atómica. La ciencia americana, con la literatura y el arte americanos salvarán al mundo, si actúan pacíficamente. Esperemos de todo corazón que una posición así restablezca el equilibrio necesario a la seguridad del planeta.

La América del Sur y la América del Norte representan los dos aspectos de una civilización humana: aspecto material (técnico), aspecto espiritual (humanismo). Que América realice la síntesis de estos dos aspectos, para su propio bien y el de todos.

Un puente no es realizable entre el Antiguo y Nuevo Continente, si de antemano la paz no existe en ambos. Los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa fraternizando, cambiando sus productos como sus ideas y renunciando a las conquistas de la materia por las del espíritu, utilizando el maquinismo a los fines de la conciencia, tal es la clave de los Estados Unidos del mundo, al fin pacificado en una atmósfera de acuerdo y concordia.

América es susceptible de ayudar, poseyendo sus inagotables recursos y riquezas, a la humanización del planeta, particularmente América del Sur, doble civilización, más espiritual que material, habiendo producido ya felices efectos. Europa y Francia no pueden pasarse sin ella, como así, además, ningún pueblo. Es necesario que el ensueño y la utopía de la unión de los pueblos se vuelva una realidad. Esta realidad no vendrá ni de una paz ar-

mada ni de la fuerza militar, sino de la fuerza representada por una élite de escritores y sabios, cuyo genio estará al servicio de la paz.

¿Qué será del porvenir? ¿Qué saldrá del crisol donde se elabora el mundo futuro? ¿El odio y la violencia serán reemplazados por el amor?

Pueden los hombres sensatos ayudar al nacimiento de un mundo mejor, que no realizarán ni los ejércitos ni la técnica mal dirigida.

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

### IV

Para responder a la encuesta, sería necesario acordar un valor cualquiera a las civilizaciones «latina» o «anglosajona». Por consiguiente, yo no puedo con toda conciencia acordar un valor a toda civilización que coloca al individuo bajo la dependencia política o económica del Estado, que lo somete a las fuerzas de policía y justicia o que los somete a los privilegios y a los monopolios de las potencias financieras e industriales. Soy profundamente pesimista, lo confieso sin ninguna restricción de pensamiento, concerniente al punto de vista social. No percibo la salvación, sino es en la formación de una especie aparte, que nombraré la especie individualista anarquista, cuya actividad principal consiste en defender la personalidad y las asociaciones de personalidades por todos los medios, contra la usurpación del Estado, sus instituciones, y su clientela de privilegiados y monopolizadores. A esta especie pertenecen o pueden pertenecer, como es lógico, latinos o anglosajones, blancos, amarillos o negros y rojizos. Ahí está la salvación, para mí, y no en otro lugar. Dicho de otro modo, la salvación no está ni en una condición más que en otra, ni en una u otra de las civilizaciones, ni en una influencia cultural o técnica, sino en nosotros, aislados o asociados. (10 de julio de 1932).

\* \* \*

Se puede decir que las civilizaciones tienen los gobiernos que merecen, por consiguiente, por definición y por doctrina, los anarquistas no conocen gobiernos mejores o peores. Los gobiernos se comportan con más o menos hipocresía, cinismo o brutalidad. Se llama «dictadura» al gobierno menos hipócrita, más cínico y más brutal. Existen, naturalmente, matices en el comportamiento de las dictaduras.

No veo la necesidad de discutir o exponer públicamente la actitud a adoptar frente a tal o cual gobierno de conducta más o menos dictatorial o totalitaria. Son las circunstancias quienes determinarán esta actitud. En todo caso, en lo que concierne a los individualistas anarquistas, es una cuestión de «obstáculo a contornear» (Stirner dixit), y acaecerá a cada uno el determinar su línea de conducta personal. Nada se gana con abastecer de antemano armas a nuestros adversarios.

Se sabe que la propaganda individualista-anarquista no es espectacular y que se hace en general de boca a oreja. Siendo constatada la actitud rebañega, partidaria o amorfa de las masas y su



ignorante consentimiento, ciertos individualistas se demandan si el anarquismo puede ser, en estos momentos, otra cosa no siendo una posición filosófica y ética, personal o de medio. (Febrero 1948).

\* \* \*

Creo que actualmente no se atribuye el mismo valor que en otros tiempos a las encuestas, preocupándose más bien de los movimientos de masa. No pienso que nuestros lectores, por ejemplo, se interesen vivamente en la posición de América del Norte o del Sur frente a Europa. Los bombarderos americanos han hecho muchas devastaciones en Europa y se mira la ayuda americana como una compensación. Se teme que los EE.UU. conduzcan a Europa a una guerra que los europeos no desean. En cuanto a la América del Sur, se nos aparece desde lejos, como un país en el cual florecen los pronunciamientos, una tierra de elección de las dictaduras, un conjunto de pequeñas naciones sometidas a la hegemonía política de los EE.UU. La rivalidad EE.UU.-U.R.S.S. hace pesar sobre Europa (y el resto del mundo), un malestar, un temor que vuelve indecisos a quienes deben responder a las encuestas, en cuanto a lo que deben contestar. Los ejemplos demostrados por los unos no son mejores que los dados por los otros. ¿Ha oído hablar usted del movimiento Gary Davis? Me quedo, pues, en mi terreno individualista. (5 de abril de 1949).

### R. ARMAND

#### V

Todo marcha hacia la Unidad. En la concentración universal de todo lo que vive, Europa no puede existir como entidad independiente. Se dirige automáticamente hacia la Federación, síntesis política de las verdaderas democracias. ¿Quién encabezará este movimiento? Los germanos eliminados para mucho tiempo del timón, sólo serán un aporte «trabajo», pero el más importante de todos. Los latinos tampoco pueden pretenderlo. Su rol estrictamente espiritual, hace de ellos unos guías. Serán la luz y la conciencia del grupo. Quedan los anglosajones. Serán los animadores y dominadores, por la fuerza de su destino. En este triángulo político, Inglaterra ocupará la punta de arriba, Francia y Alemania los dos polos de abajo. He ahí cómo yo entreveo la Federación de los Estados Unidos de Europa, que debe hacerse ante de que esté cumplida la próxima década 1950-1960.

Esta Europa, lo repito, no es viable si se queda aislada. Su porvenir no está en un esclavismo omnipotente, que además no será nunca otra fase del determinismo histórico. No puede prosperar sino está ligada a otro continente: el de ambas Américas. Le falta, más o menos, cuanto le permitiría realizar una «autarquía» monstruosa e imposible, vista la evolución de los mundos.

Ambas Américas son pues indispensables para Europa. Es un simple retorno de las cosas. La savia europea exilada, está llamada a volver a dar la vida del cuerpo y del espíritu a la agotada madre

patria, a los ideales falsificados y contrarios a las realidades de la Naturaleza.

Deben expulsar al materialismo, causa de la decadencia europea, y subsistuirlo por su sana concepción del esfuerzo y de la responsabilidad individuales. El Estado sólo debe ser un legislador... Cuando sale de ese rol ya suficiente, solo es un monstruo impotente, corruptor, desorganizador. De nuevo, Europa debe ser espiritualizada, evangelizada en el noble sentido de la palabra. Ambas Américas son solo capaces de llevar a bien esta tarea inmensa. Europa no puede levantarse sino con la ayuda técnica de América del Norte y el ideal espiritual de América del Sur, más próxima de la latinidad preponderante en Europa.

No veo otra salvación para el Viejo Mundo sino en esta comunión total con ambas Américas. No concibo una reconstrucción real sin esos aportes conjugados. El Norte no podrá imponerse victoriosamente sin el Sur, y viceversa. A la incomparable técnica de aquella, debe unirse el ensueño y la sentimentalidad de ésta. La existencia es diversa como lo son los hombres que la sufren. Existe la parte de acción que es energía, creación material, y la del corazón y la del espíritu, que es amor y vibración. Los sonidos, colores y perfumes se corresponden, ha escrito Baudelaire. En el poema de los días, es necesario colorear al acto mecánico, volver musicales las necesidades cotidianas; de este modo el atardecer de una dinámica jornada tendrá su perfume, a pesar de todo. El hombre más viril, más activo, está ávido de esperanzas. La esperanza no está en la realidad que siempre decepciona, sino en el ensueño a quien no puede nada acusársele. También en la edad atómica las recargas de acusaciones son espirituales, como en los tiempos de los Patriarcas.

La América del Norte, la técnica. A la América del Sur, la espiritualidad y el arte. Que ambas se unan para rehacer a Europa, que no puede contar más que en sí misma. Tras la transformación, vendrá el «Renacimiento», para nuestro continente desgastado, momentáneamente decaído.

Raymond OFFENER

#### VI

1) América es el complemento de Europa. Es su hija, alimentada de su espíritu. Pero Europa es hoy una vieja madre muy enferma, casi moribunda, que necesita asistencia de la parte de su criatura, hoy talmente crecida y vigorosa hasta el punto de ser el árbitro del destino del mundo. Agotada en sus recursos, arruinada por sus monstruosas guerras, desgastada por sus ideologías que la dividen trágicamente, Europa, sin la ayuda de las energías de América, está destinada a perecer.

2) América latina procede de la civilización católica española. Los teólogos armados del siglo XVI le impusieron el credo católico y crearon un estilo de vida y pensamiento que aun prima en las capas sociales de América del Sur, a pesar del soplo del modernismo. Además, los anglo-sajones—protestantes, calvinistas, cuáqueros—colonizaron y poblaron



América del Norte, engendrando la nueva sociedad técnica y progresista con las maravillas que admiramos. Sin embargo, esta práctica dirección da lugar a un cierto «materialismo» con sus insuficiencias e inconvenientes. Ambas Américas (latina y anglosajona) reflejan los dos espíritus de Europa, latina y anglosajona.

No obstante, el espíritu latino de América del Sur está más cercano, por sus caracteres de flexibilidad, vivacidad, etc., del espíritu de buena parte de Europa. También los latinos de Europa se sienten más próximos de los latinos de América por los lazos de la raza y del lenguaje. Por consiguiente, América latina puede aproximarse de una manera útil a Europa, como lo constatamos de hecho, por la colonización moderna, sobre todo italiana.

El rol de América en la síntesis de la socialidad universal, es justamente el de poder ofrecer a Europa, como modelo práctico, una fusión, o mejor dicho, una «integración» de ambos elementos (latino y anglosajón) que ella posee. Esta integración existe ya y se desarrolla aún, creemos, entre ambas Américas: creemos que un latino de América del Sur está menos lejos de un anglosajón de Amé-

rica del Norte, que un latino de un anglosajón de Europa.

3) Para responder de una manera cualquiera a esta cuestión, sólo podemos impulsar, intensificar las relaciones—ideales, técnicas, comerciales—entre el Viejo y el Nuevo Continente. A las alianzas políticas—pasajeras y sólo expresión de la voluntad de una minoría—preferimos los lazos que establecen de modo más espontáneo las afinidades naturales y que, por consiguiente, tienen posibilidades de durar más.

4) Lo repetimos: Europa, tal como se encuentra ahora reducida, jamás podrá levantarse sin el concurso y apoyo del continente americano. Las felices condiciones físicas de este último, sus posibilidades sin límites son capaces, si son colocadas al servicio de una sincera voluntad, de dar a Europa su prosperidad y salvarla así de su definitiva ruina, es decir, de la guerra venidera.

**Prof. Edmondo MARCUCCI**

(Jesi, Italia).





# KROPOTKIN Y EL ESTADO

Entendámonos ante todo sobre lo que queremos comprender bajo el nombre de Estado.

Existe, todos lo sabéis, la escuela alemana que se complace en confundir el **Estado** con la **Sociedad**. Esa confusión se encuentra en los mejores pensadores alemanes y muchos franceses, que no pueden concebir la sociedad sin la concentración estatal; y por eso se reprocha habitualmente a los anarquistas querer «destruir la sociedad», predicar el retorno a la «guerra perpetua de todos contra todos».

Sin embargo, razonar así es ignorar completamente los progresos realizados en el dominio de la historia durante los últimos años; es ignorar que el hombre ha vivido en sociedades durante millares de años antes de haber conocido el Estado; es olvidar que, en cuanto a las naciones europeas, el Estado es de origen reciente (data apenas del siglo XVI); es desconocer, en fin, que los periodos más gloriosos de la humanidad fueron aquellos en que las libertades de la vida local no estaban aún destruidas por el Estado, y en que masas de hombres vivían en municipios y en federaciones libres.

El Estado no es más que una de las formas revestidas por la Sociedad en el curso de la historia ¿Cómo, pues, confundir lo permanente y lo accidental?

Por otra parte, se ha confundido también el **Estado** con el **Gobierno**. Puesto que no puede haber Estado sin gobierno, se ha dicho algunas veces que es a la ausencia de gobierno, y no a la abolición del Estado, a lo que hay que tender.

Me parece, no obstante, que en el Estado y el gobierno tenemos dos nociones de orden diferente. La idea de Estado implica cosa muy distinta que la idea de gobierno. Comprende no solamente la existencia de un poder colocado por encima de la sociedad, sino también una **concentración territorial** y una **concentración de muchas funciones de la vida de las sociedades en manos de algunos**. Implica ciertas relaciones nuevas entre los miembros de la sociedad, que no existían antes de la formación del Estado.

Esa distinción, que escapa, tal vez, a primera vista, aparece sobre todo cuando se estudian los orígenes del Estado.

Para comprender bien el Estado no hay, por otra parte, más que un medio: estudiarle en su desenvolvimiento histórico...

El imperio romano fué un Estado en el verdadero sentido de la palabra. Hasta nuestros días, es aún el ideal para el legista.

Sus órganos cubrían con una tupida red un vastísimo dominio. Todo fluía hacia Roma: la vida económica, la vida militar, las relaciones judiciales, las riquezas, la educación, y aun la religión. De Roma venían las leyes, los magistrados, las legiones para defender el territorio, los gobernadores, los dioses. Toda la vida del imperio remontaba al senado, más tarde al César, el omnipotente,

el omnisciente, el dios del imperio. Cada provincia, cada distrito tenía su Capitolio en miniatura, su pequeña porción del soberano romano para dirigir su vida. Una sola ley, la ley impuesta por Roma, reinaba en el Imperio; y ese imperio no representaba una confederación de ciudadanos: no era sino un rebaño de «súbditos».

Hasta el presente aún, el legista y el autoritario admiran la unidad de ese imperio, el espíritu unitario de sus leyes, la belleza, la armonía—dicen—de esa organización.

Pero la descomposición interior, secundada por la invasión de los bárbaros, y la muerte de la vida local, desde ese momento incapaz de resistir a los ataques de fuera y a la gangrena que se extendía desde el centro, hicieron pedazos el imperio, y sobre sus ruinas se desarrolló una nueva civilización, que es hoy la nuestra.

Y si, dejando de lado las civilizaciones antiguas, estudiamos los orígenes y los desenvolvimientos de esta joven civilización bárbara, hasta los periodos en que dió origen, a su vez a nuestros Estados modernos, podremos comprender la esencia del Estado. La comprenderemos mejor que la habríamos comprendido si nos hubiéramos lanzado al estudio del imperio romano, o al de Alejandro, o aun al de las monarquías despóticas del Oriente.

Tomando a esos poderosos demolidores bárbaros del imperio romano por punto de salida, podremos contar la evolución de nuestra civilización desde sus orígenes hasta su fase Estado.

...En la corriente del siglo XVI, bárbaros modernos vienen a destruir toda la civilización de las ciudades de la Edad Media. Esos bárbaros no la aniquilan acaso, pero la detienen, al menos, en su marcha para dos o tres siglos. La lanzan en una nueva dirección.

Sometiendo al individuo, le arrebatan todas las libertades, le exigen olvidar las uniones que basaba antiguamente en la iniciativa libre y el libre acuerdo. Su fin es nivelar la sociedad entera en una misma sumisión al amo. Destruyen todos los lazos entre los hombres, declarando que sólo el Estado y la Iglesia deben en adelante formar la unión entre súbditos; que sólo el Estado y la Iglesia tienen misión de velar por los intereses industriales, comerciales, judiciales, artísticos, pasionales, para los cuales los hombres del siglo XII tenían costumbre de unirse directamente.

Y ¿quién son esos bárbaros? Es el Estado: la triple Alianza, por fin constituida, del jefe militar, del juez romano y del sacerdote. Los tres forman un seguro mutuo para el dominio, los tres se unen en un mismo poder que ordenará en nombre de los intereses de la sociedad, y aplastará a la sociedad.

Pedro KROPOTKIN





SE HALLA EN VENTA EL PRIMER TOMO  
DEL TAN ESPERADO LIBRO

## LA C.N.T. EN LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Se trata del estudio más completo y documentado sobre el origen y proceso histórico del anarcosindicalismo español

Son resumidos en esta importante obra las ansias, las luchas y los martirios del obrerismo español durante las épocas de la monarquía borbónica, durante el periodo de la dictadura militar, durante el agitado régimen republicano, cuyos antecedentes condujeron a la gloriosa epopeya del 19 de Julio de 1936.

416 páginas de texto con ilustraciones intercaladas sobre papel couché. Fotocubierta a dos colores. Precio de la obra: 600 francos.

Pedidos a todos los delegados de propaganda de las FF. LL. de la C.N.T. Servicio de librería de la C.N.T. 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). Editoriales libertarias, y a Martín Vilarrupla, 4, rue Belfort. Toulouse. (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: Fontau-  
ra, Peirats, Ferrer.

Administrador: J. Cazorla. — 4,  
rue Belfort, Toulouse (Haute-Ga-  
ronne).

Precios de suscripción: Francia,  
180 francos trimestre; Exterior,  
210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de des-  
cuento a partir de cinco ejem-  
plares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.  
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort,  
TOULOUSE (H.-G.).

70 frs